



*La Obsesión
Del
Multimillonario*

Simon

Mía en

NAVIDAD

J.S. Scott

DE LA AUTORA EN LAS LISTAS DE BESTSELLERS
DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY



Mia en Navidad

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

*Una novela corta de
Simon y Kara*

J. S. SCOTT

Título original: *The Billionaire's Obsession ~ Mine for Christmas, A Simon and Kara Novella*

Traducción: Marta Molina Rodríguez

Edición y corrección de texto: Isa Jones

Diseño de cubierta: Cali MacKay – Covers by Cali

Copyright © 2014: J. S. Scott

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ISBN: 978-1-946660-84-8 (libro electrónico)



Índice



[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

—No. No quiero tener otro bebé. Con Ginny es suficiente —insistió Simon Hudson a su esposa con tono brusco.

Kara Hudson lanzó una mirada obstinada a su marido. Llevaban dos años casados, pero en realidad era difícil enojarse de veras con Simon. Sus ojos vagaron por la expresión feroz de Simon mientras sostenía a su bebé dormida contra el pecho. ¿Cómo iba a enfadarse una con el hombre que acunaba a la criatura de ambos como si fuera la cosita más preciada de su vida?

Ella y Simon ya habían mantenido esa conversación acerca de tener otro bebé varias veces durante los últimos meses. Kara no quería que Ginny fuera hija única. Sabía cómo era; la soledad casi le resultó insoportable cuando perdió a sus padres en un accidente de coche justo después de graduarse del instituto. Kara no siempre había sido rica, a pesar de estar casada con uno de los hombres más ricos del planeta. Simon la había rescatado de quedarse sin techo y después pasó a cambiarla completamente con un amor fiero, protector y absorbente que había alterado toda su existencia. Tal vez su marido fuera uno de los hombres más obstinados del mundo, pero lo amaba con cada fibra de su ser.

«Por eso me duele tanto ahora. Necesito que me desee como antes, que sopesen tener otro hijo juntos para que Ginny no sea hija única como yo», pensó.

No era como si quisiera tener otro hijo de inmediato. Ginny solo tenía dieciséis meses. Pero Kara quería hablarlo, al menos. No lograba comprender el razonamiento de Simon para mostrarse tan inflexible acerca de no tener otro bebé algún día. Era un papá increíble y quería muchísimo a la hija de ambos,

pero parecía prácticamente aterrorizado de tener otro hijo. Cruzándose de brazos, le preguntó con calma:

—¿Así que esto va a ser decisión tuya únicamente?

—Joder —esa fue la respuesta de Simon, un gruñido—. No puedo ganar.

Quiero que seas feliz, pero no quiero que tengas otro bebé.

La frustración en su rostro hizo que a Kara se le derritiera el corazón. Siempre quería su felicidad. La mayor parte del tiempo se avenían cuando no estaban de acuerdo, pero en realidad aquella no era una situación donde un toma y daca fuera posible. O bien tenían un bebé... o no lo tenían. Adelantándose, Kara trazó con un dedo la cicatriz en la mejilla con barba incipiente de Simon. El corazón le dio saltitos de alegría cuando sus ojos brillaron con un destello de deseo.

—Yo también quiero que seas feliz. Adoras a Ginny. No lo entiendo.

Las cosas habían cambiado desde que nació su hija. El deseo de Simon por su cuerpo, antes feroz, parecía estar disminuyendo. Con más de un metro setenta de estatura, era posible que Kara aún conservara algo de peso del embarazo que no había conseguido perder por más que lo intentara. Pero, sin duda, los kilos de más se dejaban ver: su figura era más redonda y probablemente no tan atractiva. Ahora Simon la trataba con una ternura delicada, como si fuera tan frágil como el vidrio soplado. Cada vez que tenían sexo, Simon utilizaba un condón, aunque ella seguía un tratamiento anticonceptivo.

«Ahora, nada de interludios sexuales y carnales espontáneos. Nada de pasión incontrolable, ambos incapaces de esperar hasta arrancarnos la ropa para saciarnos. Nada de posesividad de hombre de las cavernas, cuando mi marido solía ser un semental dominante que exigía mi rendición», añoró. Y Kara extrañaba a todas esas cosas. Desesperadamente. Simon podía hacer que empapara la ropa interior con una mirada de esos ojos oscuros suyos, hacer que quisiera agarrarse a su pelo áspero y oscuro y besarlo hasta hacerle perder el control. El problema era que no perdía el control. Ya no. El uso de condones y la falta de pasión habían hecho que temiera siquiera poner a prueba los límites de Simon. Tenía demasiado miedo de no poder sobrepasarlos ya, y le partiría el corazón tener la confirmación de que él ya no sentía lo mismo por ella como cuando se casaron.

Él estaba lanzándole una de esas miradas oscuras mientras acariciaba suavemente la espalda de Ginny con un gesto inconsciente y protector cuando le respondió con voz grave:

—No puedo volver a hacerlo, Kara. No puedo.

Esta le retiró la mano de la cara, dejándola caer a un costado.

—De acuerdo —se rindió—. Voy a entrenar. ¿Puedes poner a Ginny a echar la siesta? —preguntó Kara. Necesitaba una buena carrera en la cinta. Era evidente que Simon no estaba de humor para hablar y no era una situación en la que pudieran negociar.

Sin esperar a que respondiera, se mordió el labio para contener las lágrimas mientras daba la vuelta y se dirigía hacia el gimnasio de su casa.

—¿Kara? —la llamó Simon con un tono apremiante y dubitativo, lo cual resultaba extraño.

Ella se detuvo, pero no giró.

—¿Sí?

—Tú y Ginny me hacéis feliz. No necesito nada más —respondió con voz grave y seria—. Pero si de veras no vas a ser feliz sin tener otro bebé, me lo pensaré —gruñó descontento.

Ella se volvió y lo miró boquiabierta, atónita de que diera marcha atrás. «Va a hacerlo por mí, aunque veo que el pensar en ello siquiera lo está matando», pensó. Asintiendo lentamente, tragó saliva mientras miraba la conmovedora imagen de Simon y Ginny juntos. Con unos pantalones y un suéter de lana tostado, su marido era el hombre más *sexy* del mundo para ella. Aunque Kara estaba bastante segura de que había superado el sentirse acomplejado por sus cicatrices, nunca conseguía explicarle realmente que ningún hombre la había conmovido tanto como él, ni de lejos. Ahora, su esposo y su hija eran toda su vida.

—Yo también me lo pensaré —accedió con voz ronca—. Quizás no sea tan horrible para Ginny el ser hija única. Simplemente fue duro para mí porque mis padres murieron cuando era muy joven.

—Ginny nunca estará en la misma situación en que estuviste tú, cariño —le aseguró Simon—. Aunque sea hija única, le daré el amor suficiente para compensarle el no tener hermanos. Y nunca estará sola y sin un centavo —prometió ferozmente.

—Lo sé. —La respuesta de Kara fue amable, a sabiendas de que Simon ya se había asegurado que el futuro de Ginny estuviera garantizado. Y su hija siempre tendría a la madre de Simon y a sus tíos Sam y Maddie. Ginny adoraba a sus primos, Noah y Brianna. Probablemente no notaría demasiado que le faltaba familia en el futuro.

—Ahora yo cuidaré de Ginny. Relájate —exigió Simon.

Kara le sonrió débilmente; adoraba oírlo mostrarse como su yo mandón

habitual. Hacía mucho tiempo, ella había descubierto que Simon no era arrogante en realidad; a veces, su autoritarismo se manifestaba en forma de actitud protectora, no de egoísmo.

—Voy a torturarme en la cinta. Es muy poco relajante. —Volviéndose una vez más, se dirigió a su entrenamiento, reflexionando sobre los comentarios de Simon.

«Puede que esté exagerando por mi propia historia. Quiero a mi hija y en realidad no siento la necesidad desesperada de tener otro hijo. Pero Simon es un padrazo. ¿Por qué no quiere otro bebé?», se preguntó. Al entrar en el gimnasio de su casa, sus ojos azules captaron su propia imagen en el espejo y Kara frunció el ceño. Con el pelo castaño oscuro recogido en una cola de caballo, las curvas redondeadas ataviadas con unos *leggings* grises y una camiseta a juego, Kara sabía que se veía desaliñada. Nunca había sido nada más que aceptable en cuanto a su aspecto, pero a Simon siempre se le había hecho la boca agua por ella como si fuera una diosa, al menos antes de que naciera Ginny. Kara nunca había entendido qué veía tan irresistible en ella, pero le encantaba. No es que ahora la tratara mal, porque las mimaba tanto a ella y a Ginny que las iba a malcriar y seguía siendo el mismo macho alfa autoritario y extremadamente posesivo del que se había enamorado, pero a veces estaba... distante emocionalmente. Sobre todo desde que había sacado el tema de tener otro hijo unos meses atrás.

Subiéndose a la cinta con determinación, empezó despacio y fue aumentando la velocidad rápidamente a medida que calentaba. Los pies, envueltos en unas zapatillas de deporte, golpeaban la superficie móvil; era el único ruido que había en la sala.

Ella y Simon solían hacer ejercicio juntos, pero ya no podían hacerlo. Normalmente tenían que intercambiarse, cuidando de Ginny mientras el otro hacía su entrenamiento diario. Simon se entrenaba muy duro todos los días. Tenía un cuerpo atractivo y musculoso como resultado. Personalmente, ella había estado holgazaneando: entrenaba esporádicamente cuando no estaba trabajando como enfermera en la clínica de su mejor amiga o cuidando de Ginny. De acuerdo, Maddie ya no solo era su mejor amiga. Ahora también era su cuñada, puesto que se había casado con el hermano mayor de Simon, Sam. Kara había reducido mucho sus horas de trabajo desde el nacimiento de Ginny y solo trabajaba uno o dos días a la semana. Desde que Maddie había dado a luz a gemelos, se había convertido en la directora médica de la clínica, más que en una médica practicante. Sam, muy sobreprotector, se aseguraba de que

tuviera suficiente tiempo en casa con sus bebés.

Jadeando a medida que aumentaba el esfuerzo, Kara intentó no recordar todos los encuentros sensuales que había tenido con Simon en ese gimnasio. Cuando se quedó embarazada, Simon quiso mudarse del ático y buscar una casa en algún sitio a las afueras de la ciudad. Al final, Kara lo convenció para quedarse allí; lo último que quería hacer embarazada y con náuseas era mudarse. Además, habían preparado una habitación adorable para Ginny cerca del dormitorio principal y el ático era tan inmenso que probablemente podrían construir una sala de juegos en una de las habitaciones sobrantes. La sala de ordenadores de Simon estaba en la segunda planta y ocupaba una de las habitaciones adicionales, pero había muchas más habitaciones y espacios que ni siquiera estaban utilizando.

Kara se sobresaltó cuando la velocidad de la cinta se redujo rápidamente al golpear una mano masculina enorme los controles para reducir el paso hasta una caminata.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —el rugido molesto de Simon retumbó por todo el gimnasio—. ¿Intentas matarte?

Saliendo de su estupor, jadeante, Kara bajó la vista y se sorprendió la distancia que llevaba y a qué velocidad. Incapaz de hablar, se limitó a negar con la cabeza mirando a Simon, intentando recobrar el aliento y con el corazón fuera del pecho. Se aferró a las barras de la cinta y anduvo despacio, con los músculos tremendamente doloridos.

—No ibas a esa velocidad ni recorrías esa distancia incluso antes de quedarte embarazada cuando te entrenabas todos los días. Es demasiado. Vas a lesionarte —dijo con voz de enfado.

Kara sabía que había estado apretando demasiado, decidida a perder los kilos del embarazo.

—Cinco minutos más de esa mierda y te habría dado un síncope —afirmó enojado, observándola atentamente mientras detenía la cinta por completo. Su brazo musculoso le rodeó la cintura y la levantó de la cinta antes de llevarla en volandas hacia el salón.

—Tengo que ducharme —le dijo sin aliento mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Al inspirar su aroma embriagador, sonrió al darse cuenta de que tenía una pizca de polvos de talco, lo cual le resultaba increíblemente atractivo. Simon cambiaba pañales con pericia, pero todavía no había conseguido evitar que los polvos de talco volaran por todos lados cuando los aplicaba.

—Tenemos que hablar —dijo Simon inflexible—. Antes estabas empezando a llorar. No me gusta. —Se dejó caer sobre el sofá del salón, llevándola consigo y sentándola sobre su regazo—. Quiero saber por qué.

A Simon nunca le gustaba cuando lloraba, bajo ninguna circunstancia. Aunque fueran lágrimas de felicidad, no le gustaba.

—Estoy bien —le aseguró. Tenía ganas de llorar por la manera en que le preocupaba cómo se sentía. Odiaba sentirse mínimamente desconectada de él y desde que había empezado a callarse su autoimagen negativa, había levantado un muro entre ellos que le estaba haciendo daño en el corazón.

—Si es por tener otro bebé...

—No lo es. —Intentó levantarse de su regazo contoneándose porque sabía que pesaba y que apestaba a sudor, pero él le rodeó la cintura con sus brazos de acero y la mantuvo exactamente donde estaba. Kara se rindió con un suspiro; sabía perfectamente lo obstinado que podía llegar a ser Simon. Si había decidido que se quedaba allí, no iba a ir a ninguna parte—. Empiezo a darme cuenta de lo egoísta que estaba siendo. Mi instinto maternal está satisfecho. No necesito otro bebé para que mi vida sea completa. Ya estaba eufórica por tenerte a ti y Ginny es un milagro para mí. Supongo que me preocupé porque estuve muy sola cuando murieron mis padres. Pero tienes razón. Nunca será así para Ginny. —Los padres de Kara eran pobres de solemnidad, pero fueron felices. Por desgracia, eran sus únicos parientes vivos y cuando fallecieron de manera muy repentina y traumática, se encontró perdida sin ellos.

—Yo también estoy siendo egoísta —dijo Simon con voz áspera—. Pero no puedo volver a verte sufrir tanto dolor otra vez. Apenas soporté el parto de Ginny. Estaba atrapado entre el milagro de que lucharas para traer a nuestra hija al mundo y la puta agonía que estabas sufriendo. No tiene nada que ver con el querer otro niño contigo, pero no puedo hacerlo. —Dejó escapar un suspiro masculino—. Y luego vinieron los cólicos interminables y la dentición. Dios, parecía que ibas a desplomarte en cualquier momento durante aquellos meses. No quiero volver a verte tan cansada y agotada.

—Tú estabas igual de cansado y siempre estuviste a mi lado —discutió Kara, reconociendo que habían sido unos meses difíciles de noches interminables para ambos, sin dormir o durmiendo muy poco.

—Eso es distinto —dijo Simon en tono beligerante.

Kara retrocedió para encontrarse con su gesto más feroz.

—¿Es por eso por lo que no quieres otro hijo? ¿Porque crees que será doloroso y difícil para mí? —Los ojos se le llenaron de lágrimas; la magnitud

de las razones para las dudas de Simon la golpearon de lleno.

«Es por mí, todo por mí. Está intentando protegerme... como de costumbre», se asombró. De no haber estado tan envuelta en sus imaginaciones negativas, tal vez se habría dado cuenta de por qué se mostraba dubitativo antes.

Simon la miró a su vez; sus miradas se encontraron y ambos se las sostuvieron mutuamente.

—¿Por qué otra razón iba a oponerme si no? —preguntó Simon, perplejo.

Ella extendió el brazo y le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Oh, Simon —suspiró. Se odiaba por no haberle preguntado exactamente por qué no quería tener un hijo cuando lo hablaron anteriormente. Estaba demasiado ocupada preguntándose si había perdido la pasión por ella, si ahora le resultaba menos atractiva. Sus inseguridades después del embarazo estaban turbándola—. Te amo.

El abrazo de este en torno a la cintura de Kara se estrechó con fuerza.

—Yo también te amo. Por eso no quiero que vuelvas a sufrir.

A Kara se le encogió el corazón al ver su expresión angustiada. Con Simon, todo era blanco o negro: si algo podía hacerle daño, él haría lo que hiciera falta para evitarlo.

—Olvidé el dolor en cuanto sostuve a Ginny por primera vez —le dijo en voz baja.

Simon sacudió la cabeza con movimientos obstinados.

—Yo no. Joder. Todavía tengo pesadillas en las que gritas y estoy aterrorizado de que pueda ocurrirte algo malo. Fue el día más largo que he tenido que vivir y creo que hizo que me cayeran los años de golpe.

Kara se mordió el labio para evitar sonreír. Le había dicho a Simon un montón de veces que si no dejaba de decir palabrotas, algún día Ginny las añadiría a su limitado vocabulario. No le había visto decirlas delante de Ginny desde que se lo pidió, pero Simon nunca sería un ángel. Había sufrido mucho, su infancia había sido tan dura que era un afortunado por haberla sobrevivido, y mucho más por ser millonario artífice de su propio éxito con su hermano Sam. Lo sabía, pero no dejaba de asombrarla.

—Eres un hombre increíble, Simon Hudson —dijo. Inclinandose hacia delante, lo besó suavemente antes de volver a echarse hacia atrás, consciente de que seguía sudorosa y apestosa—. Olvidé todo el dolor muy pronto. Y esos días de cólicos, dentición y noches sin dormir forman parte de ser padres noveles. Ya pasó. Olvídalo. —Kara quería que dejara de atormentarse. Simon había estado a su lado a cada paso del camino, excepto para los dolores del

parto en sí mismos, y también había estado ahí cada vez que estaba levantada con Ginny, aunque él tuviera que ir a trabajar al día siguiente.

—No puede volver a ocurrir. No si tenemos otra opción y no te importa si tenemos otro bebé o no —dijo malhumorado.

—No importa. Y no volverá a ocurrir. Me parece bien no tener oro hijo —le aseguró ella. Ver la angustia en el gesto de Simon la había convencido de que tener solo a Ginny estaría bien. En realidad, podría volver a quedarse embarazada algún día. El control de natalidad era increíblemente efectivo, pero siempre cabía la diminuta posibilidad de que pudiera quedarse embarazada. Sin embargo, no pensaba recordárselo a Simon. Nunca se desharía de los condones.

Los músculos de Simon se relajaron y él le lanzó una sonrisa de alivio.

—¡Menos mal!

Con el corazón más liviano, Kara le preguntó en tono de broma:

—¿Vas a dejar que me dé una ducha antes de que se despierte Ginny? Huelo mal.

—Cariño, no es como si no te hubiera tenido toda sudorosa en mis brazos. Excepto que aquellas veces fueron mucho más satisfactorias —le recordó con voz grave.

—Ambos estábamos sudorosos. —Kara quería recordarle que hacía mucho tiempo que no tenían sexo ardiente y sudoroso, pero no lo hizo. ¿Importaba tanto que su vida sexual se hubiera sosegado cuando se amaban? Tener una hija era maravilloso, pero agotador. ¿Acaso no era natural que las cosas cambiaran?

—No vuelvas a entrenar así. Es peligroso —le advirtió Simon con tono ominoso.

—Lo sé.

—Y Ginny no está aquí. Mamá y Michael se la llevaron a pasar la noche con ellos.

Kara le lanzó a Simon una mirada estupefacta. Rara vez perdía de vista a la hija de ambos.

—¿Rodeada de guardaespaldas? —Conociendo a Simon, probablemente había enviado todo un regimiento de sus empleados de seguridad a cuidar de Ginny mientras estaba con su madre y el nuevo marido de esta. Sus abuelos la adoraban, pero Kara se sorprendió de que Simon se hubiera rendido a dejar que pasara la noche fuera.

—Hay tantos agentes con ellos que mañana tendrán los armarios vacíos con

solo darles de comer —reconoció Simon sin el menor remordimiento.
Kara rio entre dientes.

—No le va a hacer ninguna gracia. —Kara se levantó de su regazo y Simon la dejó marchar finalmente. Helen Hudson era una mujer independiente que dirigía su propio restaurante y nunca había permitido que sus hijos le pusieran guardaespaldas ni de lejos. Aunque finalmente se había rendido y se había casado con su novio Michael, con quien vivía, seguía siendo la misma mujer amable y enérgica que Kara siempre había conocido. Helen no tenía ningún problema en bajarle los humos a sus hijos cuando se lo merecían, fueran multimillonarios o no.

—Tendrá que acostumbrarse si quiere quedarse con su nieta por la noche. No voy a ceder en cuanto a tu seguridad y a la de Ginny —respondió sin compasión.

«¡Y bien que lo sé yo!», pensó Kara. Ella y Simon solían discutir sin cesar sobre las legiones de guardaespaldas que le había puesto en el trasero. Ahora ni se molestaba. Normalmente llevaba a Ginny consigo y quería que su hija estuviera protegida tanto como Simon.

—¿Así que esta noche estamos solos? —preguntó empezando a sonrojarse ante la idea al darse cuenta de que no habían tenido tiempo a solas sin Ginny desde que naciera la pequeña.

—Lo estamos —respondió Simon con mirada ardiente que alzó hacia ella cuando se puso en pie—. Planeo llevarme a mi mujer a cenar y pasar algo de tiempo a solas con ella.

Kara se estremeció ante el destello en su mirada.

—Voy a ducharme rapidito. Estará bien tener una noche solos —reconoció. Ginny era su corazón, pero ella y Simon no habían pasado una noche solos desde que naciera su hija.

—¿Solo bien? Estará mucho mejor que bien, cariño —gruñó él.

—Eso espero —susurró para sí misma cuando se escabulló al cuarto de baño, feliz de haber hablado de una de las cosas que se interponían entre ella y Simon en ese momento. Pasaban tanto tiempo hablando de Ginny y haciendo sus tareas de prisa y corriendo que habían olvidado hablar de sí mismos como pareja.

«De alguna manera tengo que hablarle a Simon de lo que siento sobre nuestra vida amorosa», se dijo. ¿De veras tenía miedo de cómo fuera a responder él o simplemente había estado demasiado ocupada siendo madre? «Le confiaría mi vida. Siempre le he confiado mis sentimientos y nunca me ha decepcionado

hasta ahora», se recordó. Esperaba que esa noche pudieran resolver todos los problemas que habían dejado al margen durante tanto tiempo...



Capítulo 2

Kara entró nerviosa en la cocina, a sabiendas de que lo que llevaba puesto le quedaba más ajustado, el cuerpo más voluptuoso que antes de dar a luz. El vestidito negro parecía aún más pequeño que antes: la falda flirteaba con sus rodillas y el material sedoso se ceñía a sus caderas y pechos, más llenos. Se había dejado el pelo suelto, se había maquillado con cuidado y se sentía más femenina de lo que se había sentido en mucho tiempo. Rebuscó en su cajón y se puso el conjunto de lencería más *sexy* que tenía, otra prenda con la que ni se había molestado durante un tiempo. Se había calzado los tacones de ocho centímetros sin problemas. Tal vez la hicieran más alta que algunos hombres, pero Simon seguía siendo más alto que ella. Su marido era tan alto y musculoso que fue el primer hombre que la hizo sentirse menuda.

Con el chaquetón y el bolso de mano, miró a su alrededor en la enorme sala y divisó a Simon apoyado sobre la encimera, dándole la espalda; hablaba por teléfono.

Kara entró en la cocina y el taconeo de los zapatos sobre el suelo de baldosa hizo que Simon se volviera.

—Luego te llamo, mamá —dijo antes de apagar el teléfono y metérselo en el bolsillo del traje sin apartar la vista que vagaba por su cuerpo posesivamente.

—¿Todo bien en casa de tu madre?

—Todos están bien —respondió Simon con aire distraído sin que su mirada ávida vacilara lo más mínimo.

Kara suspiró, mirando a su marido, guapísimo con un traje gris oscuro y corbata color burdeos.

—Qué apuesto, Sr. Hudson —bromeó intentando poner bajo control su corazón desbocado. Aun tras dos años de matrimonio, Simon seguía excitándola, sobre todo cuando la miraba como si quisiera devorarla enterita. Se acercó a ella como un depredador, los ojos brillantes de deseo.

—Estás preciosa, pero no sé si me gusta ese vestido —gruñó él.

A Kara se le cayó el alma a los pies.

—¿Me queda demasiado ceñido?

—Te hace parecer la puñetera fantasía de todo hombre y no quiero que seas la fantasía de nadie más que la mía —farfulló descontento al detenerse frente a ella.

Kara soltó una carcajada de sorpresa.

—Eres el único lo bastante loco como para pensar que me veo bien —dijo. Estaba dejando que sus inseguridades la turbaran. Simon nunca había criticado su aspecto; jamás. De hecho, siempre la había hecho sentirse como la mujer más deseable del mundo. Incluso cuando estuvo más desaliñada desde que diera a luz le había dicho que era preciosa. Pero ella no se lo había creído.

—No solo te ves bien. Estás buena e increíblemente *sexy* —dijo ensartándole los dedos en el cabello e inclinándole la cabeza hacia arriba.

A Kara se le cortó la respiración al oír en su voz un tono posesivo y animal que no escuchaba desde hacía mucho tiempo, el sonido que emitía un hombre a punto de perder el control. Exhaló en su boca cuando él le dio un beso cálido, suave y tierno en los labios antes de soltarla para ayudarla a ponerse el chaquetón.

«¿De verdad creía que iba a arrancarme la ropa aquí, en la cocina, y a poseerme?», se preguntó.

A Kara le encantaba la faceta tierna de Simon, pero echaba de menos al marido descontrolado que necesitaba tomarla y poseerla y saber que era suya. Simon la condujo fuera hacia el ascensor privado del ático sin mediar una palabra más. Rompiendo el silencio cuando esperaban junto a la puerta, Kara le preguntó con curiosidad.

—¿Dónde vamos?

Él dejó que entrara primero en el ascensor antes de seguirla y respondió:

—He hecho una reserva en tu restaurante italiano favorito.

—Ay, Dios —gimió Kara—. La pasta se me va a ir derechita a las cartucheras. Estoy intentando adelgazar.

—¿Por qué? —preguntó Simon, que sonaba perplejo al apretar el botón de bajada al vestíbulo.

Kara levantó la cabeza de golpe y miró boquiabierta su rostro perplejo.

—Sabes que he engordado desde que tuve a Ginny. No he perdido los kilos del embarazo. Ya no me siento... *sexy* —confesó, consciente de que nunca se había sentido atractiva hasta que conoció a Simon. «Es hora de dar la cara y hablarle de mis inseguridades. Ya no quiero seguir ocultándole mis emociones», pensó.

El rostro de Simon se tornó sombrío. Este extendió el brazo y apretó el botón de parada de emergencia con un gruñido enojado.

—¿Es esa la razón por la que casi te matas en la cinta? ¿Y por la que casi no comes?

—Sí como... —contradijo ella.

—No lo suficiente —gruñó Simon, arrinconándola contra la pared del ascensor—. ¿Crees que no eres atractiva? —La clavó contra la pared del lujoso ascensor con su cuerpo musculoso, una mano a cada lado de la cabeza, su cuerpo un muro impenetrable contra Kara.

—Ya no tenemos sexo como antes y sé que estoy más gorda —espetó sin autocensurarse, haciéndole saber a Simon cómo se sentía exactamente.

—Dios —siseó este irritado—. Ahora eres la madre de mi hija. No puedo ser el mismo cabrón egoísta que antes. Estás agotada cuidando de nuestra hija.

—También soy una mujer —le recordó ella dubitativa—. Te necesito.

—Eres *mi* mujer —la informó con voz contundente—. *Mi* mujer. Pero nunca parecías desearme. Sabía que estabas cansada y te daba vergüenza que te viera desnuda todo el tiempo, joder. Pensaba que estabas dándome indicaciones de que estabas demasiado cansada o de que no estabas de humor y no te culpaba. Intentaba ayudarte tanto como podía con Ginny, pero no era suficiente.

Kara se quedó helada al mirarlo a la cara. No quería estar desnuda delante de él y había dado el pecho a Ginny hasta que cumplió un año. Los primeros meses fueron muy duros, cuando su hija se despertaba por las noches para pedir el pecho. Luego llegaron los cólicos y, finalmente, la dentición. La prioridad de Kara había sido cuidar de su hija y probablemente tampoco había estado de humor.

—Estuve cansada hasta que Ginny superó la fase de los cólicos y la dentición —reconoció—. Después de eso, el agotamiento mejoró. Pero no quería que vieras mi cuerpo por los kilos de más y las estrías. Me siento... poco atractiva, Simon. —Kara se preguntó si todas las mujeres se sentían así después de tener un bebé. Durante esos primeros meses en que Ginny la

necesitaba constantemente, no había sido ella misma y apenas había tenido tiempo para darse una ducha.

Simon le sujetó las manos por encima de la cabeza con un gemido ronco y torturado.

—Eres la mujer más preciosa que he visto en toda mi vida y aún más preciosa porque has dado a luz a una niña, a nuestra hija. Estaba intentando ser respetuoso con tus necesidades. Me sentía como un cabrón egoísta cada vez que necesitaba acostarme contigo, pero intentaba ser rápido y delicado.

A Kara se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Fuiste delicado. Y yo también te deseaba. Simplemente no me sentía atractiva. Quiero volver a sentirme como tu chica.

—¡Joder! —estalló la palabrota haciendo eco en el pequeño espacio de la cabina. Simon dio un paso atrás, le soltó las muñecas y le ahuecó el rostro entre las manos, obligándola a mirarlo—. Eres mi chica. Nunca has dejado de ser mía y siempre lo serás. ¿Acaso no sabes que no puedo vivir sin ti y que siempre serás preciosa para mí? Dios. Aceptaste mis malditas cicatrices. Ni siquiera creo que las veas cuando me miras. ¿Crees que fue fácil para mí no perder el control cada vez que estaba dentro de ti? No importa lo cansado que esté, cada vez que te veo se me pone duro el pene. Cada vez que te miro, te deseo. Cada. Jodida. Vez —dijo con voz grave y vibrante de emoción.

Al ver la posesividad feroz y la adoración en los ojos de Simon, a Kara se le saltaron las lágrimas.

«Soy una idiota», pensó. «Simon me quiere. Siempre me ha querido. Si hubiera hablado con él, me habría asegurado que todo iba bien». Kara nunca había visto las cicatrices de Simon como algo que lo hiciera menos atractivo. Solo veía el dolor que le habían causado y eso le dolía en el alma. Para ella, era perfecto. Su fuerza, su capacidad de seguir amándola después de todo por lo que había pasado fueron lo que hizo que se enamorase de él. Nunca hacía nada a pequeña escala y su único objetivo de hacerla feliz había conmovido su alma. Siempre había dicho que no tenía ni idea de romanticismo, pero la manera en que se excedía con todo solo para complacerla era una de sus cualidades más adorables.

—Eres absolutamente perfecto —susurró, retirándole un mechón rebelde de la frente con una caricia—. Guapo.

Simon le lanzó una mirada traviesa.

—¿Qué ha sido de *obstinado*, *mandón* y *dominante*?

Oh, sí. Su marido era un macho alfa dominante y cabeza dura, pero amaba

incluso aquellas cualidades en él. ¡La mayor parte del tiempo!

—A veces eso me gusta —le dijo con una voz sensual que dejó perfectamente claro dónde le gustaba su autoritarismo.

—No me presiones, mujer. Se me agota la paciencia —le advirtió.

Kara se estremeció visiblemente cuando sonó el teléfono de emergencia del ascensor. No era la primera vez que ocurría. Tenía recuerdos muy gratos de ese ascensor en concreto.

Simon tomó el teléfono y farfulló al auricular.

—Estamos bien. Estoy buscando una cosa. Puede que tarde un rato. No vuelvan a llamar. —Colgó el teléfono con un golpe perceptible sin siquiera esperar respuesta,

Kara gimió y se dejó caer contra la pared de la cabina.

—No me puedo creer que acabes de hacer eso. Los de Seguridad van a pensar que estamos teniendo sexo salvaje en el ascensor —dijo mirándolo con una ceja levantada y el corazón empezando a latirle con fuerza—. ¿Qué puedes estar buscando que lleve tanto tiempo?

Los ojos de Simon se tornaron oscuros y brillantes.

—A mi mujer —contestó con tono peligroso mientras le abría el chaquetón y se lo quitaba—. Parece que he esperado toda la vida para volver a ver su bonito cuerpo, para oírla gritar mi nombre mientras se viene abrazada a mí. Ya no puedo esperar más —gruñó.

—Simon, no podemos hacer esto aquí —dijo sin convicción; le flaqueaban las piernas mientras el sexo se le contraía de deseo. El Simon autoritario y exigente había vuelto y lo único que quería Kara era dejar que hiciera lo que quisiera con ella, que la tomara con la pasión que veía ardiendo en su mirada.

—Vamos a hacerlo aquí y ahora —exigió él.

La exigencia insistente en su voz le dijo a Kara que estaba a punto de perder el control.

«¡Gracias a Dios!», pensó aliviada.

Simon le bajó la cremallera de la espalda del vestido y se lo quitó por encima de la cabeza mientras Kara lo oía soltar un gemido torturado a medida que levantaba los brazos para que la liberase de la prenda. El vestido cayó al suelo desapercibido.

—Dios, mujer. ¿Es que quieres matarme? —gruñó devorando con mirada ávida su cuerpo escasamente cubierto.

Kara llevaba lencería roja con unas braguitas minúsculas, medias hasta el muslo y un sujetador de encaje tan fino que sabía que Simon podía verle los

pezones erectos y sensibles.

—Pensaba que te gustaba mi lencería *sexy* —lo provocó, sintiéndose más cómoda al ver la expresión de deseo desenfrenado en su rostro.

—Me encanta, joder. Pero ya sabes cómo me pone —dijo Simon lanzándole una mirada salvaje y carnal.

Kara se estremeció mientras él le acariciaba todo el cuerpo, jugando con sus pezones a través de la ligera tela del sujetador y acariciándole el abdomen y las caderas. El roce desesperado y áspero de sus dedos hizo que su cuerpo ardiera en llamas.

—Estás ahora más *sexy* que antes de que naciera Ginny y no creía que fuera posible querer joderte más que entonces. Pero sí quiero. Era un infierno intentar ser rápido y delicado todo el tiempo. Pensaba que eso era lo que querías. Pero creo que ahora mismo lo deseas tanto como yo. Creo que lo necesitas para entender lo que siento exactamente. —Sus manos le acariciaron las caderas y ahuecaron sus nalgas, apretándole la carne con los dedos y utilizando el apretón para atraer el cuerpo de Kara contra el suyo con un movimiento rápido—. Tu cuerpo aún encaja con el mío como si estuvieras hecha para mí. Es mío, cariño. Eres mía —susurró con voz ronca, al aliento cálido rozándole el oído—. Eres una diosa, joder. No vuelvas a esconderte de mí —exigió mientras la estrechaba más fuerte contra su cuerpo.

Kara reprimió un gemido cuando sintió su miembro erecto contra el sexo a través de la tela del traje de Simon.

—Nunca —accedió. Estaba dispuesta a capitular sobre lo que él quisiera con tal de que la jodiera hasta dejarla sin sentido. Simon tenía razón. Lo necesitaba. Necesitaba a su Simon tal y como era: crudo, indómito y completamente fuera de control.

Apartando las manos de su trasero, Simon las enterró en su cabello para sostenerle la cabeza firme mientras cubría su boca con un beso que distaba mucho de ser delicado. Kara se deleitó en él, empuñando el pelo de Simon mientras este le devoraba la boca, marcándola con el fuego de su abrazo desesperado. Él exigía y ella entregaba, abriéndose a Simon mientras él exploraba los rincones de su boca con la lengua con atrevimiento y avidez. Terminaron el beso jadeantes y deseosos.

—Mía. —El tono de Simon fue carnal cuando le abrió el cierre del sujetador fácilmente y dejó que cayera sin ruido sobre la alfombra afelpada. Le ahuecó los pechos mientras excitaba sus pezones con los pulgares, sin piedad—. Son turgentes y preciosas. —Simon inclinó la cabeza y se aferró a una de las cimas

sensibles, lamiéndola y después mordiéndola lo bastante fuerte como para hacer que la sensación de dolor y placer fuera prácticamente insoportable. Kara se aferró a la barra de metal que había a su espalda para no caer y apoyó la cabeza contra la pared.

—Ay, Dios. Simon. Por favor.

Él levantó la cabeza.

—¿Por favor, qué, cariño?

—Jódeme —insistió ella, el sexo estremeciéndosele de anticipación.

—Eso pienso hacer. Al final. Primero tengo que hacer que te vengas. —Se dejó caer de rodillas mientras le plantaba besos húmedos en el abdomen, sobre las estrías—. Me encantan. Me vuelven loco. Me recuerdan que las tuviste dando a luz a nuestra hija.

Kara empezó a llorar mientras él besaba cada cicatriz; la sinceridad y el deseo en su voz hicieron que se percatara de lo tonta que había sido.

—Te quiero —jadeó.

—Yo también te quiero, cariño. —Su voz, grave y ronca, sonaba amortiguada contra el vientre de Kara—. ¿Estás lista para mí? —murmuró él—. Creo que tengo que averiguarlo —le dijo ferozmente, sumergiendo los dedos bajo sus frágiles braguitas—. Dios. Estás caliente y empapada. ¿Sabes cuánto me pone que tu cuerpo responda a mí de esta manera?

Kara gimió mientras Simon deslizaba un dedo entre sus pliegues para ser recibido por la prueba líquida del deseo que sentía por él.

—Por favor. Te deseo tanto.

—Entonces me tendrás —dijo Simon. Agarró el delicado material de sus braguitas y se las arrancó del cuerpo—. Dios. Necesito saborearte —dijo gimiendo al aferrarse a su trasero y enterrar el rostro en su sexo.

—Simon —dijo con un quejido, estremeciéndose cuando él recorrió toda la longitud de su sexo con la lengua, desde la vagina hasta su clítoris palpitante. Kara quitó una de las manos de la barra que había tras ella y la enredó en el pelo de Simon, acercándose su rostro contra el sexo con más fuerza.

Este no jugó con ella; la devoró con ese estilo dominante y voraz que hacía que el cuerpo de Kara suplicara un desahogo. Sus labios, dientes y lengua fueron apremiantes. Salvajes, feroces. Enfocándose en su clítoris erecto y sensible, era un hombre con una misión y un único objetivo. Estaba decidido a hacer que se viniera. Intensamente.

El deseo en el vientre de Kara empezó a desplegarse, lanzándose directo a su sexo. Todo su cuerpo empezó a temblar y Kara se sintió arder.

—Sí. Sí. Sí —cantó la palabra como si fuera un mantra mientras implosionaba, inundada con la fuerza de su clímax, que la desató—. ¡Simon! —gritó su nombre mientras su sexo se contraía y se relajaba, los espasmos tan fuertes que tuvo que quitarle la mano del pelo y volver a aferrarse a la barra a sus espaldas para mantenerse en pie.

Simon estrujó hasta la última gota de placer que pudo de ella, lamiendo el fuego líquido de su orgasmo. Finalmente, se puso en pie, tirando del cinturón y de la cremallera de sus pantalones.

—Tengo que joderte, nena.

Tirada contra la pared, aún intentando recobrar el aliento, Kara se deleitó en el gesto descontrolado y salvaje de su rostro. Le encantaba que hablara sucio cuando perdía el control. Alimentaba una respuesta salvaje en ella, un deseo de que Simon la reivindicara de la manera más elemental que no era solo físico, sino de lo más profundo de su alma.

—Hazlo, estoy más que lista para ti. Jódeme.

Esperando que la tomara en brazos para que lo abrazara con las piernas antes de poseerla contra la pared, Kara se sorprendió cuando él gruñó.

—Hacerlo contra la pared no va a servir. Te necesito debajo. Toda mía. —Le rodeó la cintura con los brazos y la tumbó delicadamente contra la lujosa alfombra.

La cabina del ascensor era enorme y privada. Eran los únicos que la utilizaban y estaba increíblemente limpia. Pero Kara estaba tan desesperada que no le habría importado una mierda que no lo estuviera. Quería, deseaba lo mismo que Simon en ese preciso momento.

—Sí —suspiró mientras este le sujetaba las muñecas por encima de la cabeza con el cuerpo musculoso y duro, casi completamente vestido sobre ella, atrapándola debajo de él—. Jódeme, Simon. Ahora.

Él sólo se había tomado el tiempo de sacar el miembro, duro como una piedra, y Kara lo sintió rastreando entre sus pliegues, deslizándose sensualmente contra su clítoris híper sensible. Sus miradas se encontraron durante un momento infinito, comunicando su deseo mutuo sin palabras.

—Mía —afirmó con tono posesivo antes de que su boca se estrellase contra la de Kara.

La besó con una fuerza carnal que la dejó sin aliento y estremeciéndose debajo de él. Cuando liberó su boca, ella suplicó:

—Por favor, te necesito.

—Dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti —ordenó, la boca enterrada

en su cuello, mordisqueándole la piel y acariciando su piel sensible con la lengua.

«Ay, Diosito», pensó Kara, a punto de perder la cabeza, que no deseaba nada más que Simon tomara el control de su cuerpo y la reivindicara. Su miembro, que la sondeaba, hizo que se retorciera debajo de él y que levantara las caderas para intentar conseguir que la penetrara.

—Te necesito yo más que tú a mí. Ahora, jódeme.

—Nena, nunca podrías necesitarme más de lo que yo te necesito a ti —le murmuró roncamente al oído—. Rodéame con esas piernas de escándalo y agárrate.

Ella respondió de inmediato, a sabiendas de que sus talones se le clavaban en el trasero, pero siguió urgiéndolo a que embistiera hacia delante apretando el abrazo de sus piernas.

Kara lo supo cuando Simon perdió el control por completo. Situándose a la entrada de su vagina, se enterró hasta las pelotas dentro de ella con una embestida poderosa, soltando un gruñido grave y carnal mientras la llenaba. Ella gimió en respuesta, la fusión de sus cuerpos tosca y elemental.

—Sí. Sí. Te necesito muchísimo —lo alentó, a sabiendas de cuánto le gustaba oír que lo necesitaba, que lo deseaba. Y a ella le encantaba poder decirle esas palabras, porque eran ciertas.

—Vas a volver a venirte para mí. Necesito que te vengas —carraspeó él.

Kara intentó liberar sus muñecas, deseosa de tocarlo, pero Simon la mantenía inmóvil, completamente a su merced. No empezó despacio y ella no quería que lo hiciera. Había esperado demasiado para volver a sentir a Simon crudo e indómito. Cada embestida de su pene la llenaba, saciaba su anhelo de que le recordara lo ardiente y salvaje que podía llegar a ser la pasión entre ellos. Kara recibió cada embestida levantando las caderas a medida que él la penetraba con fuerza una y otra vez con una ferocidad que hizo que sacudiera la cabeza extasiada.

—Simon. ¡Sí! ¡Más duro! —Codiciosa, quería todo lo que pudiera darle.

—Vente para mí, cariño. No voy a aguantar mucho —le advirtió en tono sombrío, el pecho jadeante, el cuerpo inmenso estremeciéndose como si se esforzara por contenerse.

Kara se perdió en Simon en el momento en que él le cubrió la boca con un beso, cada sensación intensificada. La tela áspera de la *blazer* de Simon le rozaba los pezones sensibles mientras la lengua de este imitaba a su miembro con embestidas profundas y rápidas en su boca mientras su miembro la

golpeaba y las caderas chocaban contra su sexo cada vez que se enterraba dentro de ella.

El clímax la golpeó fuerte y explosivo, sacudiendo su cuerpo a medida que su vagina se contraía en torno al miembro de Simon, succionando hasta que él llegó a su propio desahogo.

—¡Joder! —bramó Simon, el cuerpo estremeciéndose a medida que su corrida caliente inundaba la matriz de Kara. Soltándole las muñecas, pero aún dentro de ella, Simon dio la vuelta y sostuvo su cuerpo encima de él, ambos sin aliento y agotados.

Aún deslumbrada, Kara sonrió al darse cuenta de que por fin volvía a sentirse mujer. La mujer de Simon. Deseó que la transición a su antiguo yo no hubiera sido tan larga, que Simon y ella hubieran hablado de aquello antes. Pero quizás no estuviera preparada. Tal vez ser mamá tuvo que ser prioritario para que pudiera volver a ser mujer.

—Te echaba de menos —susurró—. Te echaba muchísimo de menos.

Simon le acarició la espalda con un gesto reconfortante.

—Siempre he estado ahí, cariño. Y siempre lo estaré. —Hizo una pausa antes de añadir—. Yo también te echaba de menos. Pero Ginny te necesitaba primero. Solo desearía haber podido estar más ahí para ti, haberte ayudado más. Sabía que estabas agotada y a veces me sentía un jodido inútil —dijo con voz plagada de remordimiento y frustración.

La mente de Kara volvió repentinamente a los tiempos en que le daba el pecho a Ginny por la noche, levantada con ella cuando se sentía molesta con los cólicos y la dentición, los cambios de pañales y todas las responsabilidades y preocupaciones de los padres noveles. Quizás hubiera cosas que Simon no podía hacer, pero siempre había estado ahí, a su lado.

—Eres un padrazo —le dijo con ternura.

—Te quiero más cada día que estamos juntos, cariño. No quiero que lo olvides nunca —las palabras de Simon eran un voto—. Y siempre puedes hablar conmigo. Siempre estoy listo y dispuesto a mostrarte lo preciosa que eres para mí.

Kara suspiró, consciente de que sus inseguridades y no sentirse atractiva probablemente formaran parte del proceso de ser madre novel.

—Lo sé. No eras tú. Supongo que formaba parte de ser madre y tenía que pasar por ello. Pero deberíamos haber hablado más en lugar de adivinar lo que pensaba el otro. Gracias por ayudarme a recuperar mi sensualidad —le dijo con una sonrisa.

—Cariño, nunca la has perdido a mis ojos —respondió él con tono protector y feroz—. Pero me encantaría volver ayudarte a seguir encontrándola.

Kara suspiró al darse cuenta de que había sido constante y de que su amor y su deseo siempre habían estado ahí. Fue ella quien tuvo dudas e inseguridades.

—Estoy lista —dijo con el corazón henchido de felicidad—. ¿Se acabaron los condones?

—Sí, joder. El que hubiera nada entre nosotros me volvía loco. Pero estaba tan preocupado por volver a dejarte embarazada que los utilicé para tener más protección. Era mi propia paranoia y ya lo he superado. Tomas anticonceptivos y preferiría estar tan cerca de ti como pueda. Estoy perdido. Acabo de recordar lo rica que estás —dijo contrariado.

—Volveré a recordártelo encantada —bromeó Kara.

—Primero voy a llevarte a cenar —afirmó él en tono exigente—. Yo quiero tiempo con mi mujer y tú vas a comer. Tu cuerpo es perfecto.

—Estoy hambrienta —reconoció ella, a quien le rugía el estómago. Sabía que su cuerpo distaba de la perfección tras el embarazo, pero no tenía dudas de que Simon creyera que lo fuera.

Este se levantó y la ayudó a ponerse de pie. Se metió el miembro en los calzoncillos mientras la observaba poniéndose el vestido por la cabeza.

—Supongo que tengo que empezar a comprarte más lencería —dijo con una sonrisa traviesa, recogiendo del suelo su conjunto desgarrado para metérselo en el bolsillo.

—Pues sí que tengo un problema con la ropa interior. Si no volvemos arriba, me pasaré toda la cena sentada sin bragas ni sujetador —dijo Kara sonriendo. No era la primera vez que tenían ese dilema.

Simon pareció pensárselo durante un momento antes de apretar el botón del ascensor para ponerlo en marcha hacia el ático.

—Es una idea tentadora, pero no puedo ni pensar en que ningún otro hombre eche un vistazo a lo que es mío —le dijo con tono posesivo.

Inclinándose hacia delante, Kara lo agarró por la corbata y lo atrajo hacia ella.

—Puedes destrozar el conjunto nuevo más tarde.

Sus ojos oscuros brillaron de deseo.

—Cuenta con ello.

A Kara se le contrajo el sexo con fuerza. Apenas podía esperar.



Capítulo 3

—Simon, tienes que dejar de comprar regalos de Navidad para Ginny y para mí. Todavía faltan tres semanas para Navidad y todo el espacio debajo del árbol está lleno —le dijo Kara a su marido amablemente antes de dar un trago de vino mientras observaba a Simon demoliendo un tiramisú.

La cena estuvo deliciosa, pero Kara estaba llena de pasta y rica salsa de nata. Mientras Simon se comía el postre, con cuidado, Kara sacó a colación el tema de su costumbre de tirar la casa por la ventana con los regalos. Todos los días llevaba más regalos a casa para Ginny y para ella. Si seguía aumentando la colección bajo el árbol a ese ritmo, su enorme salón estaría repleto hasta el techo para el día de Navidad. Desde luego, no se trataba de que no pudiera permitírselo, pero Kara intentó sin éxito hacerle percatarse de que ella y Ginny no necesitaban más regalos. Su mayor regalo era Simon.

Este se encogió de hombros.

—Os quiero. Quiero daros todo lo que necesitéis.

Kara emitió un suspiro trémulo y miró a su marido con adoración.

—Tenemos todo lo que necesitamos. Te tenemos a ti. Ginny y yo no queremos absolutamente nada más. —Simon no solo hacía regalos por las fiestas. Kara tenía una colección de joyería que probablemente podría competir con las joyas de la Corona británica.

Simon había crecido sin nada y estaba intentando asegurarse de que nunca le faltara nada a sus seres queridos. Ginny ya estaba creciendo con cubertería de oro. Literalmente. Simon le había comprado una cucharita de oro macizo, por Dios. Kara no quería que su hija se convirtiera en una malcriada. Ella y Simon

habían crecido pobres y conocían el valor del dinero. Quería mimar a Ginny, pero también quería que comprendiera el valor del dinero.

—Mi mujer y mi hija se merecen que cuiden de ellas. —Eran palabras obstinadas.

Kara puso los ojos en blanco, exasperada. Era tan adorable cuando intentaba defender su derecho a hacerles regalos.

—Estamos bien cuidadas. Nos malcrías a las dos.

Simon asintió bruscamente mientras dejaba el tenedor y la servilleta en el plato de postre vacío.

—Bien, así me gusta.

«Caray. Es difícilísimo discutir con él. Nunca gano», pensó.

—Tu hija va acabar convirtiéndose una niña malcriada —le advirtió con tono amenazador, aunque estaba conteniendo una sonrisa.

Los ojos oscuros de Simon se encontraron con los suyos y sus palabras fueron inflexibles.

—No, no lo hará. Va a ser tan dulce como su madre. Es tu hija y crecerá para ser igual que tú.

«Ay... ¿Cómo puedo discutir cuando me dice esas cosas?», dijo para sus adentros.

—¿Puedes bajar un poco el ritmo para que entremos en el salón el día de Navidad? —A decir verdad, no quería cambiar a Simon; simplemente quería que se diera cuenta de que lo querían a él, no las cosas que les regalaba.

—Tal vez. No prometo nada —dijo sonriéndole descaradamente—. Quizás, si supiera que iba a recibir unos vales de corazones por lo que quiera esta Navidad, me relajaría un poco.

Kara le devolvió la sonrisa, incapaz de resistirse a su mueca traviesa. Todavía le encantaban esos corazones tontos de papel que le había regalado cuando no tenía dinero para comprarle un regalo en San Valentín. Por cada corazón que le daba, él obtenía algo que quería de ella. Por desgracia, Kara se percató de que no le había regalado ningún vale en ninguna fiesta desde que nació Ginny, probablemente porque solía utilizarlos para hacer que se desnudara.

—Si bajas el ritmo, puede que este año te regale alguno —bromeó alegremente.

—Pararé el resto de la semana —prometió.

Kara rio disimuladamente.

—Con eso bastará. Creo que tendrás unos vales en tu media de Navidad si eres buen chico durante el resto de la semana. —Sinceramente, le sorprendía

que le gustaran tanto esos papelitos. Era multimillonario, pero nada lo había hecho tan feliz como recibir esos corazoncitos que podía intercambiar en cualquier momento para que le concediera un deseo.

—Solo estamos hablando de no traer regalos esta semana, ¿verdad? —preguntó con cuidado, cruzándose de brazos.

Ella se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja en un tono que solo Simon pudiera oír.

—Oh, sí. Solo con los regalos. Por lo demás, estaría encantada si fueras muy, muy malo.

A Simon se le iluminaron los ojos, el deseo girando como un torbellino en su mirada ardiente.

—Menos mal. Ser bueno se pone durísimo —respondió con voz de alivio.

—¿Cómo de duro? —preguntó ella sensualmente—. Y nunca he querido que fueras tan bueno.

—Ahora mismo, lo más duro posible —carraspeó.

El deseo líquido se acumuló entre sus muslos y el sexo se le contrajo con necesidad violenta. Llevaba demasiado tiempo privada de su marido en estado puro y ávido.

—¡Bueno, estoy lista para irme! —gritó impaciente, alcanzando su chaquetón. ¡Santo Dios! Ahora estaba impaciente por llegar a casa.

Simon se levantó y la ayudó a ponerse el abrigo con una sonrisa endiablada.

El timbre amortiguado del móvil que provenía de su bolso de mano sorprendió a Kara. Rebuscó en el bolso y sacó el teléfono.

—Es Maddie —le dijo a Simon mientras miraba la identificación de llamada. Salió fuera a responder la llamada mientras Simon se encargaba de la cuenta. Para cuando hubo terminado, este salía del restaurante.

—Estás frunciendo el ceño. ¿Qué pasa? —preguntó Simon con voz preocupada.

—Uno de los pacientes de la clínica está en el hospital. Es grave y está solo. Maddie no puede dejar a los niños ahora mismo. Tengo que ir —le dijo a Simon con nerviosismo—. ¿Puedes llevarme?

Él la miró con el ceño fruncido.

—Ese tipo te importa —comentó descontento—. Sé que te encariñas con todos tus pacientes, pero pareces asustada.

Acabó de meter el teléfono en su bolso y levantó la cabeza de golpe para mirarlo, preocupada por los celos y el dolor que oyó en su voz. Extendió la mano y lo agarró del antebrazo.

—En realidad no es un tipo. Tiene siete años y se llama Timmy Madden. Maddie le diagnosticó diabetes tipo 1 y se suponía que tenía que ver a un especialista y que un equipo de profesionales lo ayudara. Su madre era prostituta y no estaba segura de quién era su padre. Evidentemente, no le proporcionó la atención médica que precisaba. La encontraron muerta en su apartamento cerca de la clínica y Timmy estaba en coma. Está enfermo y no es más que un niño, Simon. Y no hay nadie allí con él —le dijo desesperada.

—Mierda. —La frustración de Simon resultaba evidente—. Lo siento, cariño.

—La estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza—. Iré contigo.

—Gracias —dijo Kara devolviéndole el abrazo; la tristeza que sentía por Timmy le partía el alma—. Siempre ha sido un niño muy bueno. No se merece nada de esto.

—Ningún niño se merece nada parecido, cielo —respondió Simon con voz ronca, rodeándola con un brazo antes de conducirla hacia el auto. Después de acomodarla en el Bugatti, Simon condujo con atención, pero muy rápido, para llegar al hospital.

Por una vez, Kara no bromeó acerca de la posibilidad de que le multaran en su carísimo deportivo.

De hecho, no dijo ni una palabra.



Simon observó mientras Kara se preocupaba por el pequeño en una cama de la unidad de cuidados intensivos pediátricos que parecía demasiado grande para él. El niño se había despertado, pero estaba desorientado y se aferraba a Kara como si no quisiera soltarla nunca.

Simon conocía aquella sensación. Nadie tenía que decirle que su mujer era especial. Lo había sabido desde el momento en que la vio. Su compasión era infinita y su capacidad de amar, increíble. Joder, lo aguantaba a él con lo cascarrabias que era y eso le parecía un puñetero milagro. El que lo amara resultaba casi increíble. Pero Simon lo creía. Lo experimentaba todos los días y se sentía más agradecido por ese amor de lo que ella comprendería nunca.

Simon observó al niño desde su asiento junto a Kara. Tenía el pelo oscuro y los ojos castaños parecían demasiado grandes para su rostro porque estaba escuálido. Cuando el chico le devolvió la mirada, Simon vio el peso del mundo reflejado en ojos de un crío de siete años que había visto demasiado y sufrido demasiada tristeza en su corta vida.

«¡Joder! ¿Por qué nadie lo protege ni cuida de él? ¿Cómo es posible que no tenga a nadie en el mundo a quien le importe una mierda lo que le pase excepto a Kara y a Maddie?», se preguntó.

—¿Quién es ese? —le preguntó Timmy a Kara aferrado a su mano, con voz débil y arrastrando las palabras.

—Ese es mi marido, cielo. Se llama Simon —respondió Kara con voz dulce y amable.

—¿Es el chico que te hizo tu propio videojuego? —preguntó Timmy adormilado, pero con tono más animado. Miró a Simon con una expresión ligeramente asombrada.

Simon diseñaba algunos de los juegos de ordenador más populares del mundo y a Kara le encantaba jugarlos. De hecho, le había creado su propio juego y lo había llamado *Las aventuras de Kara*. No había sido su intención estrenarlo para el público general, pero ella le había insistido para que lo hiciera porque quería que otras personas disfrutaran del juego. Finalmente lo hizo y había tenido un gran éxito.

—Sí. Mi marido es un genio —le dijo a Timmy—. Crea toda clase de juegos.

—Ojalá supiera jugar —respondió el niño con melancolía.

—¿No sabes utilizar un ordenador? —Simon no daba crédito. ¿Qué niño de hoy en día no sabía utilizar un ordenador?

—Aprendí un poco cuando iba al colegio, pero no nos dejaban jugar. Aunque unos amigos me hablaron de los juegos de *Myth World* y parecen divertidos —dijo Timmy anhelante.

Esos eran *sus* juegos, *sus* diseños, y los juegos más de moda en el mercado.

—Yo diseño los juegos de *Myth World* —confesó Simon con una voz un poco más amable—. Te enseñaré a jugar cuando te pongas mejor.

Claro que el niño no tenía ordenador propio. Era pobre y Simon sabía lo que era crecer en situación de pobreza severa.

—¿De verdad? —respondió Timmy con aspecto de no estar muy seguro de poder creer a Simon.

A este se le encogió el corazón al responder:

—Te lo prometo. Y las promesas son importantes para mí. Nunca las rompo.

Los interrumpió la enfermera al entrar en la habitación. A pesar de lo adormilado que estaba Timmy, sostuvo el dedo en alto para que le pinchara sin siquiera hacer una mueca mientras la enfermera le sacaba sangre para medir sus niveles de azúcar.

«Niño valiente. La vida es jodidamente injusta a veces. No solo no tiene a

nadie en el mundo que se preocupe por él, el pequeño, sino que además es pobre y está enfermo. ¿Qué carajo? Puede que yo creciera en la pobreza y en un barrio duro, pero al menos tenía a Sam y a mi madre y estaba relativamente sano», pensó Simon.

Kara y la enfermera de Timmy hablaron durante unos minutos antes de que esta última saliera de la habitación. Simon no oyó exactamente de qué hablaban, pero a juzgar por la mirada de alivio en el rostro de su esposa, Timmy debía de estar mejorando.

—¿Te duele? —le preguntó al niño. Simon sentía curiosidad y preocupación sinceras por el pequeño que tanto había padecido.

—No. Las inyecciones tampoco duelen y me hacen sentir mejor —respondió Timmy despreocupadamente—. Pero no me gusta el hospital.

—No te culpo —musitó Simon, asombrado por la manera en que el niño parecía tomárselo todo con filosofía. Era una pena que un crío de su edad no protestara por nada. Probablemente porque a nadie le importaría si lo hiciera. Timmy volvió la vista hacia Kara y le preguntó solemnemente.

—Mi mamá está muerta, ¿no?

Simon vio la mirada desgarrada en el rostro de Kara antes de responderle con tristeza:

—Sí, Timmy. Lo siento, cielo.

El niño tiró nervioso de la manta que había sobre su cama.

—Me odiaba. Me lo dijo. Bebía por mi culpa y yo era un problema porque estaba malito. Pero no quería que se muriera.

—No fue tu culpa —respondió Simon con voz ronca—. Beber también es una enfermedad. Estaba enferma y no era feliz. Pero no fue tu culpa. No lo decía de verdad cuando dijo que te odiaba. Fue la enfermedad.

Kara le lanzó una mirada de agradecimiento, los ojos brillantes de lágrimas contenidas.

—Simon tiene razón. No fue tu culpa, Timmy.

—Creo que me odiaba de verdad. Como estoy malito y necesito muchos médicos, eran muchos problemas para ella —respondió con aspecto resignado.

Simon cerró los puños, intentando contenerse. Estaba enfadado, cabreado con una mujer que ya estaba muerta.

—Ningún niño debería ser nunca un problema para sus padres. ¿Pediste tú nacer?

Timmy sacudió la cabeza lentamente.

—Ella te dio la vida y debería haber cuidado mejor de ti, pero no podía porque ella también estaba enferma. No es culpa tuya que necesites médicos. No es culpa tuya que estés malito. Puedes ponerte mejor, Timmy. Solo necesitas que te den los cuidados necesarios. Tu mamá no podía encargarse de eso, pero otra persona lo hará. —Tal vez aquella conversación era demasiado madura para el niño, pero Timmy parecía un alma vieja y Simon parecía saber qué decir instintivamente. Quizás se debía a que podía empatizar con parte de la infancia del niño.

—¿De verdad lo crees, Simon? Siempre he estado malo. —La voz de Timmy sonaba esperanzada y cautelosa.

—Lo sé —le aseguró este con voz áspera, todavía enfadado porque aquel niño nunca hubiera recibido los cuidados que necesitaba.

—De verdad que puedes, Timmy —reforzó Kara—. Cuando consigas estabilizarte y ponerte más fuerte, podrás hacer todo lo que siempre has querido —dijo acariciándole el pelo con ternura—. Te pondrás mejor.

—Quiero aprender a jugar a *Myth World* —dijo con un gran bostezo—. Simon va a enseñarme cuando me ponga mejor.

En ese preciso instante, este decidió que le compraría al niño todo un equipo y que sería su tutor para que Timmy pudiera dar una paliza a todos con sus juegos.

—Ponte bueno rápido —exigió Simon—. Se tarda un poco en pillarle el truco al juego para poder patear traseros.

Kara le lanzó una mirada reprobatoria por su lenguaje, pero Timmy se limitó a sonreírle, un poco dubitativo, pero con un atisbo de esperanza.

—Mañana estaré mejor —dijo el niño enérgicamente mientras empezaban a cerrársele los ojos.

—Y yo estaré preparado —respondió Simon con el corazón henchido de que el niño creyera en él cuando tan pocos adultos le habían dado motivos para creer.

Después de aquello, se quedó en silencio, observando atentamente a Timmy mientras se sumía en el sueño, con Kara aún dándole la mano y acariciándole el cabello.

«Mía. Dios, cuánto quiero a esta mujer tan buena», pensó. Muy pocas mujeres se tomarían el tiempo de reconfortar a un niño que no tenía a nadie más en el mundo. No era de extrañar que la adorase. «¿Y todavía no entiende por qué es tan increíblemente preciosa para mí?», se dijo.

Kara estaba buenísima porque era... Kara. Su figura más marcada y el amor

que le daba a su hija sólo hacían que se le pusiera más duro el miembro cada vez que la miraba. A sus ojos, era perfecta y siempre lo sería. Menos mal que por fin podía amarla como quería, como lo necesitaba. El tiempo no había enfriado su amor loco y posesivo por ella; solo lo había intensificado. Permanecieron allí hasta que Timmy se quedó dormido y Simon anduvo silencioso hasta el coche, aferrándose a la misma mano que el niño hacía muy poco tiempo.

No ocurría a menudo que su yo de treinta y cinco años se sintiera completamente humilde ante su mujer de treinta y un niño de siete años de la calle. Pero mientras buscaba las palabras para decirle a Kara lo que sentía, supo que no había manera de transmitirle cuánto la amaba.

—Te quiero —le dijo simplemente y con ferocidad, justo antes de cerrar la puerta del copiloto. Incapaz de expresarse con palabras más elocuentes, tendría que bastar.



Kara se metió en la ducha como siempre que llegaba a casa de la clínica o del hospital, pensando en la suerte que tenía de tener un marido tan extraordinario. —¿Cuántos multimillonarios se preocuparían por uno de los muchos niños de la calle que no tienen a nadie que los quiera de verdad? —susurró para sus adentros mientras se aclaraba el champú del pelo.

Ella y Simon hablaron de Timmy durante todo el trayecto a casa. Kara le contó su triste y desgarradora historia. Siempre había adorado al dulce niño y se le partía el alma cada vez que salía de la clínica, ella y Maddie esperando ambas que aquella vez su madre se preocupara del seguimiento del cuidado de Timmy. Maddie había denunciado varias veces a las autoridades lo que sospechaba que era abandono, pero nada resultó de aquello. Después de diagnosticarle diabetes tipo 1, Kara pidió cita con el especialista personalmente. Sí, su madre era un caos emocional y una alcohólica rampante, pero nunca se le ocurrió pensar que no fuera a preocuparse del seguimiento de los cuidados de Timmy cuando sabía perfectamente lo grave que era el estado de su hijo.

—Qué injusto —susurró ferozmente, restregándose la piel con una esponja.

—¿Otra vez hablando sola, cariño? —preguntó Simon en tono de broma al abrir la puerta y meterse en la enorme cabina de la ducha.

Escupiendo mientras se enjuagaba el jabón de los ojos, Kara por fin se aclaró

la vista y divisó la figura perfectamente espléndida de su marido frente a ella. Se le cortó la respiración mientras lo miraba de arriba abajo, contemplando cada músculo definido sus abdominales como una tableta de chocolate y bíceps ondulantes. Simon no era guapo de la manera convencional, pero en conjunto, el hombre era irresistible, oscuro, seductor e increíblemente atractivo.

«Dios, es hermoso», pensó.

Extendió el brazo y trazó con el dedo las cicatrices de su pecho, testimonio de lo fuerte que era en realidad y de su fuerza de voluntad para sobrevivir.

Absolutamente todo en él la había atraído siempre, tentándola hacia él hasta que terminaban completamente entrelazados.

Dejando caer la esponja antes de echarse jabón en la mano, le ofreció en tono seductor:

—¿Quieres que te frote la espalda? —«Dios, necesito tocar su cuerpo desnudo, fuerte y masculino. Hace demasiado tiempo».

Él se volvió complaciente sin mediar palabra y Kara acarició sus hombros y espalda con las manos jabonosas, deteniéndose sobre cada músculo flexionado.

—Estás tenso —dijo masajeando los músculos contraídos, obligándolos a relajarse—. ¿Qué pasa?

—Supongo que sigo pensando en el niño. Toda la situación me jode. ¿Sabes que no me preguntó por mis cicatrices ni una vez y que no me tenía miedo? —le dijo en voz baja y perpleja.

Kara suspiró suavemente, amando más a su esposo porque seguía turbado por la situación de Timmy. A pesar de que era verdad que Simon podía ser tremendo, no era algo intencionado de su parte. Era un hombre grande, oscuro y las cicatrices de su rostro resultaban intimidantes, aunque Kara solo las veía como parte de su persona. También era directo, seco y, a menudo, insociable, aunque había cambiado mucho en los dos últimos años.

—Los niños tienen buenos instintos —le dijo con tono realista—. Sabía que podía confiar en ti. —Deslizó las palmas sobre su trasero duro como una roca, sintiendo los músculos flexionarse en respuesta. Simon tenía un trasero durísimo y muy atractivo, y le encantaba su tacto bajo sus manos adoradoras—. Date la vuelta —pidió.

Simon se volvió y Kara se vio frente a su poderoso torso y un miembro muy duro. El deseo se disparó entre sus muslos, el sexo contrayéndose de ganas de tener su impresionante longitud dentro. Descendiendo con las manos por su

pecho, le rodeó la verga con los dedos, encantada de ser ella quien lo hiciera sentirse así.

—Kara —gruñó Simon con tono de advertencia.

Ella lo ignoró y descendió hasta quedarse de rodillas antes de apartar la mano para dejar que el agua enjuagara el jabón.

—Es mi turno —musitó ávidamente, agarrándole el trasero y tomando el glande sensible con la boca. Simon se había perdido el sexo oral hasta que cumplió los treinta y tres, y a Kara le encantaba saber que era la única mujer que le había proporcionado esa clase de placer. Y sí, sabía que lo volvía completamente loco.

—Joder, nena, voy a irme. —Su gruñido desesperado resonó en el espacio pequeño y contenido.

Ella sonrió mientras se metía en la boca todo lo que podía de su miembro y succionaba al retroceder.

—Dios. —Simon empuñó su pelo mojado y tomó el control, guiando su boca sobre él cada vez más rápido, con un quejido largo y torturado. Kara ladeó la cabeza y lo miró con el rostro contorsionado, el agua rociándole el pecho, para sorprenderse cuando él carraspeó—: Así, no.

Simon la agarró por los hombros y la levantó sin dificultad para sujetarla contra la pared de la ducha en un santiamén. Su torso ascendía y descendía cuando él permaneció en pie con las manos apoyadas a cada lado de la cabeza de ella.

—Quería hacer que te vinieras —dijo Kara indignada.

—Quiero venirme dentro de ti, Kara. Lo necesito ahora mismo. Dios, mujer... ¿Sabes cuánto te quiero? —gimió, los ojos castaños brillantes fijos en su rostro. Seguía jadeando pesadamente cuando añadió—: No sé cómo pude tener tanta suerte ni lo que hice para que te enamoraras de mí y fueras mía para siempre, pero no voy a dejarte ir nunca y juro que nunca subestimaré lo que tenemos —dijo con voz sincera y maravillada.

Los ojos de Kara le sostuvieron la mirada desesperada.

—Y aquí estoy yo pensando que soy yo la afortunada. —Se sentía bendecida. No había mejor hombre en el mundo que Simon y llenaba su alma por completo—. Estaba muy sola hasta que llegaste a mi vida.

Él enredó una mano en su cabello y dijo roncamente y con empatía:

—Nunca volverás a sentirte sola, cariño. —Tragó saliva—. Prométeme que siempre te quedarás conmigo.

Kara sintió deseos de llorar al ver el destello de vulnerabilidad en la mirada

de Simon. Por algún motivo, siempre había temido perderla y eso era lo último por lo que tenía que preocuparse.

—Estamos destinados a estar juntos, Simon. Creo que estaba predestinado. — Kara era muy racional y realista, pero siempre había sentido que ella y Simon estaban destinados a encontrarse. Simplemente... encajaban.

—Entonces el destino ha sido jodidamente bueno conmigo —contestó él, situando ambas manos bajo su trasero y alzándola contra él.

Kara se abrazó a sus caderas con las piernas instintivamente, embelesada por lo fuerte que era y la facilidad con que levantó su cuerpo. No era una mujer delicada, pero la sujetó fácilmente entre la pared de la ducha y su enorme cuerpo, sin dejar de mirarla a los ojos ni un momento.

El agua golpeaba la parte superior de sus cuerpos con fuerza, pero a ninguno de ellos le importaba. Kara se abrazó a sus hombros y le suplicó.

—Tómame. Por favor. Te necesito.

Los ojos de Simon brillaron al oír la urgencia y la desesperación que sentía por él. La penetró con una fuerte embestida.

—Joder, nena, qué rica estás.

Ella dejó caer la cabeza contra la pared, rompiendo el contacto visual; su cuerpo clamando por el éxtasis.

—Sí. Por favor, jódeme, Simon. —Le clavó las uñas en la espalda, con los sentidos dándole vueltas como un torbellino a medida que empezaba a sumergirse en el placer.

—Mía —afirmó en tono posesivo mientras retrocedía y volvía a penetrarla.

—Tuya —gimió Kara, los sentidos abrumados por la reivindicación posesiva de su marido. Aquello era lo que quería, lo que necesitaba.

—Dime lo que quieres —exigió Simon.

—A ti —gimió complaciente; le encantaba la manera en que Simon quería asegurarse de que le pertenecía a él, de que se sentía satisfecha—. Así. Duro. Rápido. Para siempre.

Él le dio exactamente lo que quería, metiéndole el miembro mientras se agarraba a su trasero con fuerza, sosteniéndola firmemente para que lo aceptara una y otra vez.

—Te quiero, Kara. Ya no valdría una mierda sin ti —le dijo apasionadamente.

—Nunca te faltaré —le aseguró ella, el cuerpo tensándose con cada poderosa embestida de su miembro.

—Vente para mí, cariño. Vente conmigo —exigió, golpeándole las caderas con las suyas con cada penetración fuerte y como una oleada, estimulando su

clítoris palpitante.

Ella empezó a gritar su nombre cuando el poderoso clímax se adueñó de ella, pero Simon capturó sus labios con la boca, reivindicando su placer mientras su lengua le llenaba la boca. La devoró con su abrazo, el cuerpo enorme estremeciéndose, su gemido vibrándole en los labios cuando él encontró su propio orgasmo.

—Ay, Dios... —jadeó en el momento en que Simon apartó la boca de la suya. Dejó caer la cabeza sobre su hombro, completamente agotada. Lo había echado de menos, había extrañado tanto aquello, la pasión desenfrenada que prendía en llamas cada vez que estaban juntos.

Despacio, Simon la bajó al suelo, rodeándole la cintura mientras tomaba la esponja para limpiarlos a ambos, tomándose su tiempo con ella. Sus acciones eran dulces, tiernas y completamente diferentes del amante poseído que había sido hacía unos minutos. La quería de tantas maneras que Kara sentía ganas de llorar de felicidad.

—Te quiero —murmuró suavemente cuando cerró el grifo y tomó una toalla grande y esponjosa para secarla.

Simon permaneció en silencio mientras se secaba enérgicamente y arrojaba la toalla al cesto de la ropa sucia. Ella dio un gritito cuando la tomó en brazos y la meció contra él.

—Si me quieres, entonces soy un cabrón con suerte —dijo bruscamente, llevándola al dormitorio para demostrarle a su vez cuánto la amaba.



Capítulo 4

Durante toda la semana, Simon fue fiel a su palabra y no llevó ningún regalo a casa para ponerlo bajo el árbol. Casi todos los días iba un rato a la oficina, intentando ayudar a cubrir a Sam. Normalmente, Simon trabajaba mucho en la sala de ordenadores de casa, ya que prefería mantenerse alejado de la esfera pública. Pero con Sam y Maddie, que ahora tenían gemelos más pequeños que Ginny, Simon tomó el relevo en todas las divisiones de Hudson Corporation e iba a la oficina a diario para darle un descanso a su hermano.

Rubio y guapísimo, Sam era la cara pública de Hudson, un adicto al trabajo que casi siempre estaba en la oficina. Desde que había retomado el contacto con Maddie habían cambiado sus prioridades y pasaba tanto tiempo como podía en casa con su mujer y sus hijos, intentando aliviarla de parte del estrés de tener gemelos.

Sorprendentemente, Simon pasaba todas las tardes por el hospital para visitar a Timmy, para alivio de Kara. No quería que el pequeño estuviera solo, pero tampoco quería llevar a Ginny al hospital y exponerla a virus y bacterias a una edad tan vulnerable. Maddie también se inquietaba por él, pero estaba hasta arriba con la clínica y sus bebés. Por suerte, a medida que se acercaban a su primer cumpleaños, los gemelos eran más manejables para Sam y Maddie. Kara se había sentido aliviada cuando Simon le contó que Timmy había salido de la UCI y se le había declarado estable. Impaciente por ver al pequeño que adoraba, dejó que Helen y Michael hicieran de niñeros una tarde para poder acercarse a verlo.

Condujo hasta allí, completamente consciente de que los agentes de Simon la

seguían. Sonrió pensando en todas las veces en el pasado en que detestaba que la siguieran. Ahora, no tanto. Era la manera de Simon de asegurarse de que estaba a salvo y había aprendido a tolerarlo porque su marido se sentía más tranquilo.

Al encontrar la habitación de Timmy cuando llegó al hospital, se quedó inmóvil antes de entrar por la puerta.

—Santo Dios —susurró entre dientes, contemplando la multitud de artículos que llenaban la habitación privada. Globos de colores flotaban en el techo y todo el espacio estaba lleno de juguetes con los que casi todos los niños de siete años solo podían soñar.

Y allí, en la impoluta cama del hospital, estaba su marido con Timmy, que lo observaba con fascinación confusa mientras le hacía una demostración en el portátil al niño, sentado cómodamente junto a él y lanzándole miradas de adoración mientras aceptaba el dispositivo electrónico y se lo colocaba en el regazo.

—Puedes hacerlo, Tim —dijo Simon con voz ronca, observando atentamente al chico mientras sus cejas se fruncían de concentración al intentar hacer algo en el portátil.

Kara observó con el corazón henchido mientras su marido seguía ladrando palabras de ánimo a Timmy, intentando ayudarlo a terminar uno de sus juegos de ordenador. Simon parecía muy cómodo, aunque la cama era pequeña. Se había quitado la chaqueta del traje y la corbata. Tenía las mangas de la camisa blanca remangadas hasta los codos y las piernas cruzadas, las medias tostadas sobresaliendo por debajo de los pantalones.

«Ahora entiendo por qué se contentó con no traer regalos a casa. En lugar de eso, se los ha traído a Timmy», pensó sonriendo mientras miraba la habitación. Su marido se había excedido... como de costumbre. Tal como estaban las cosas, las enfermeras no podían llegar hasta Timmy sin rodear monopatines, una bici nueva, juegos e incluso peluches. Kara casi se echó a reír a carcajadas al ver el enorme oso sentado en una de las sillas, su cuerpo peludo más grande que el de su dueño.

«Ay, Simon». Estaba siendo muy paciente con el niño, lo corregía amablemente cuando hacía un movimiento mal en el portátil. Las dos cabezas morenas estaban inclinadas para ver la pantalla del ordenador; se veían tan naturales y dulces juntos que a Kara le entraron ganas de llorar.

—¡Oh, he muerto! —gritó Timmy dramáticamente, dejándose caer sobre la cama.

—Lo has hecho bien —lo contradijo Simon—. Esta vez has pasado dos niveles.

—Seguiré intentándolo —respondió el niño con determinación—. ¿Crees que podré llevarme todas mis cosas cuando vaya a una casa de acogida? Han dicho que puedo irme a casa pronto, pero ya no tengo casa. —Timmy miró a Simon y se incorporó, el miedo reptando hasta sus ojos oscuros.

Kara se desplomó contra la pared.

«Ay, Dios», pensó. Esperaba que le hubieran encontrado una buena casa de acogida.

—Te lo llevarás todo —gruñó Simon—. Son tus cosas.

Timmy trepó al regazo de Simon, lanzándole una mirada seria.

—¿Crees que las personas que se queden conmigo serán buenas? —la voz le temblaba de ansiedad, la mirada inquieta.

—Serán buenas —lo tranquilizó Simon.

—Tengo miedo —reconoció Timmy abrazándose repentinamente al cuello de Simon.

A Kara casi se le partió el corazón al ver a Simon tragar saliva antes de envolver el cuerpo pequeño de Timmy con sus brazos musculosos y protectores.

—Creo que es natural estar preocupado —le dijo Simon—. Pero, ahora, tú solo piensa en recuperarte, Tim. No permitiré que te ocurra nada malo —le dijo al niño con voz dura y protectora.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —respondió Simon con tono ronco y atormentado.

Kara parpadeó para contener las lágrimas antes de entrar en la habitación, incapaz de soportar seguir viendo el miedo de Timmy y la angustia de Simon ni un minuto más.

—Hola, pequeñín —dijo en voz alta y alegre—. Tienes mejor cara. —Timmy se desembarazó de Simon y se arrojó en sus brazos.

—¡Kara! —exclamó sin aliento—. Mira lo que ha hecho Simon —dijo mostrándole la habitación con un aspaviento mientras seguía aferrado a ella—. Y está enseñándome a jugar a *Myth World* con mi propio ordenador.

—¿De verdad? —Kara miró a su marido con la ceja levantada—. Veo que tienes un montón de cosas, Timmy.

—No me gusta ese nombre —respondió él con el ceño fruncido—. Es un nombre de pequeños. Yo soy un chico mayor —añadió sacando el pecho diminuto; sonaba como si copiara algo que le había dicho uno que ella se

sabía.

—Ella puede usarlo —gruñó Simon—. Solo nosotros los chicos tenemos que usar nombres de chico mayor.

El pequeño asintió.

—Vale. Entonces, puedes seguir llamándome Timmy. Pero Simon me llama Tim.

Kara abrazó al niño, sonriendo a Simon con suficiencia.

—Gracias. Creo que ahora me costaría cambiarte el nombre.

Simon se encogió de hombros.

—Es una cosa de chicos —musitó tímidamente.

Ella se sentó al borde de la cama, observando al hombre y al niño mientras seguían practicando con los juegos de ordenador, la cara de Timmy radiante como no la había visto nunca. Estaba muy enfermo cuando lo había visto en la clínica, muy letárgico. Siempre había sido una dulzura, pero estaba increíblemente débil. El niño necesitaba un corte de pelo; intentaría acordarse de traer un peine y unas tijeras al día siguiente. Por lo demás, parecía un niño normal y feliz.

Entró la enfermera con la merienda y la insulina de Timmy, y Kara y Simon se marcharon finalmente. Se sintió deprimida mientras caminaba hacia el aparcamiento con su marido, aunque Timmy estaba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Simon inquieto—. ¿No crees que esté bien? Tiene mucho mejor aspecto. Y ahora tiene mucha energía.

—En realidad no pasa nada. Y él está bien —lo tranquilizó, entrelazando sus dedos con los de Simon cuando entraron al aparcamiento—. Sólo me preocupa adónde irá desde aquí. Tiene necesidades especiales. Un niño diabético requiere especial cuidado y no estoy segura de lo fácil que resultará encontrarle una casa de acogida. Necesita una buena familia, alguien paciente. Es un niño muy bueno y lo ha tenido muy difícil —respondió llorosa.

—Una enfermera sería una madre de acogida muy diestra —dijo Simon despreocupadamente—. ¿Y qué te parece alguien a quien no le importe el dinero, alguien que quizás tenga... miles de millones de dólares para asegurarse de que reciba los mejores cuidados?

Kara giró la cabeza bruscamente para mirar a su marido a los ojos. ¿Estaba pensando...?

—¿Nosotros? —preguntó emocionada—. Pero tendríamos que recibir permiso para ser padres acogida —le advirtió; no quería que se hiciera ilusiones.

—Hace unos días me enteré de que les está costando encontrarle sitio.

Probablemente tenga que ir a un centro de acogida hasta que puedan encontrarle una casa permanente. —La voz de Simon vibraba de frustración y preocupación—. Cariño, puedo conseguir que nos den el permiso. Sam conoce a la gente adecuada. Pero creo que sería demasiado para ti...

—No lo sería. Te lo juro. Sé exactamente lo que hay que hacer y habrá un equipo de profesionales encargados del caso de Timmy. Tarde o temprano podrá tener una bomba de insulina para facilitarle las cosas. —Dudó un momento, quedándose sin aliento. Kara se detuvo y se volvió hacia él cuando llegaron a su auto—. Por favor, Simon. No quiero que esté solo ni con extraños en Navidad. Ha tenido una vida muy difícil. Merece ser feliz durante un tiempo. —La idea de que Timmy fuera a un centro de acogida extraño la dejaba con el corazón en un puño. No podía ni pensar que ocurriera.

—Joder. Yo tampoco puedo permitirlo —carraspeó Simon—. Deberías haber visto su cara cada vez que le traía algo. Todas y cada una de las veces pensaba que era para otra persona. Me parece que el niño no cree merecer nada.

—Entonces, ¿podemos hacerlo? —preguntó Kara con voz temblorosa, conteniendo la respiración.

—Firmaremos los papeles y vendrán a ver el ático. Después podremos llevárnoslo cuando le den el alta —accedió Simon—. Sam está dispuesto a apresurar los papeles. Tengo una sensación de que querrías acogerlo cuando te enteraste de lo que estaba ocurriendo. Solo me preocupaba ponerte más entre manos. Ginny te mantiene muy ocupada.

Kara se abalanzó en brazos de Simon con un sollozo.

—Gracias. Gracias —dijo salpicándole el rostro de besitos.

—Te ayudaré todo lo que pueda. ¿Estás segura de que no será demasiado? —preguntó con voz preocupada y dulce.

Ella apartó la cabeza para mirarlo mientras los brazos de Simon le rodeaban la cintura.

—No lo será. Tomaré vacaciones no remuneradas en la clínica y me quedaré en casa. Ahora que Sam está financiando la clínica con donaciones, tenemos suficiente personal. Timmy necesitará supervisión constante durante un tiempo.

—Me gusta el niño—reconoció Simon con aspereza.

Kara reflexionó que quizás Timmy le recordara un poco a sí mismo a esa edad. Habían crecido en circunstancias parecidas. Por desgracia, no hubo rescate para Simon.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa, a sabiendas de que era más probable que el niño siguiera a Simon como si fuera su héroe a que pasara

mucho tiempo con ella. Era evidente que el niño y el hombre se adoraban mutuamente—. ¿Tendrás tiempo para pasarlo con él? Estás bastante ocupado. —Haré tiempo —prometió Simon. Dio instrucciones a sus agentes de que llevaran el coche de Kara a casa y la ayudó a montarse en el suyo. Hablaron de Timmy y de la próxima Navidad durante todo el trayecto a casa.



Capítulo 5

Me siento como la mujer menos atractiva del mundo. Por favor, explícame por qué Sam sigue babeando por mí como si fuera una diosa sensual —le pidió Maddie Hudson a su cuñada con ironía—. Estoy agotada constantemente y peso más que antes de tener a los gemelos. No me he maquillado desde hace más de un año y apenas tengo tiempo para ducharme, así que estoy segura de que la mayor parte del tiempo huelo a caca de bebé y leche en polvo. Kara volvió la cabeza hacia ella y sonrió con suficiencia a Maddie mientras daban un paseo por el centro comercial. Los chicos estaban en el ático cuidando de los niños para que ellas pudieran hacer unas compras de Navidad. Maddie parecía cansada, pero estaba radiante incluso sin maquillaje y, desde luego, no apestaba. Llevaba el pelo rojo rizado recogido en una cola de caballo e iba ataviada con un colorido suéter navideño. Se veía feliz.

—Sam no ve nada más que a ti, sin importar cuánto peses ni tu aspecto. Simon acabó... convenciéndome de eso hace un tiempo. Creo que tuve una depresión posparto bastante larga y no nos comunicábamos bien —informó Kara a Maddie cuando ambas se detuvieron frente a un Starbucks. Rememoró durante un momento, deseando haber abordado antes a Simon acerca de sus sentimientos. Ahora que entendía cómo se sentía su marido era insaciable y eso le encantaba.

—¿Entramos? —preguntó Maddie indicando la cafetería con un gesto de la cabeza.

—Por supuesto —contestó Kara—. Soy adicta a su café con migas de galleta. Me vendría bien una taza. Intentaré no pensar en las calorías.

Maddie resopló mientras se le adelantaba.

—Como si tuvieras que preocuparte.

—Me preocupaba —reconoció Kara, pidiendo el café en el mostrador antes de contestar—. He engordado, Maddie, y me sentía como una vieja bruja. Al final le conté a Simon lo que sentía y me mostró de manera muy convincente que no importaba. —Le dio al cajero un billete de veinte dólares después de que Maddie pidiera su café y dejó el cambio en la hucha de las propinas.

—Sam es exactamente igual y sé que tengo que adelgazar. Pero entonces me besa como si fuera la única mujer en el mundo para él y se me olvida —respondió Maddie con voz exasperada.

Recogieron sus cafés y encontraron sitio en un cubículo pequeño.

—¿Te puedes creer lo diferentes de hace unos años que son ahora nuestras vidas? —dijo Kara con un suspiro después de dar un largo trago de su bebida helada—. A veces juraría que estoy soñando y me da miedo despertar para descubrir que sigo sola y sin techo.

—¿Y entonces? —preguntó Maddie con voz divertida, pasando a responder la pregunta ella misma—. Y entonces Simon se vuelve mandón, exigente y terco, así que sabes que no es un sueño. Asumámoslo, si fuéramos a pintar a nuestros hombres como perfectos e ideales nunca nos enfadaríamos con ellos. —

Maddie removió el café y mezcló la nata montada con la bebida.

Kara sofocó la risa.

—De acuerdo. Pero Simon es prácticamente perfecto.

Maddie suspiró.

—Y Sam. Es buenísimo con los niños. No sé cómo podría haber aguantado aquellos primeros días con los gemelos de no haber sido por él. Kade, Asha, Max y Mia también fueron una gran ayuda.

Asha, la hermanastra de Maddie, se había casado con la acaudalada familia Harrison y el hermano de ambas, Max, era multimillonario por derecho propio.

—¿Cómo está Asha con su pequeñín? —preguntó Kara al recordar que había dado a luz a un niño adorable recientemente.

A Maddie se le suavizó la expresión.

—Está bien. Kade es un padrazo. —Hizo una pausa durante un momento antes de preguntar—. ¿Qué tal está lidiando Simon con Timmy? Dios, estoy tan aliviada de que lo acogierais. Sam y yo nos lo planteamos y probablemente lo habríamos hecho de no haberos decidido vosotros. Después de todo lo que ha sufrido, necesita un poco de felicidad —dijo melancólica.

Kara sacudió la cabeza.

—Nosotros estamos en mejor posición para hacerlo. Los gemelos son unos traviosos y Ginny es más fácil de tratar a medida que se hace mayor. Timmy la adora y ella le balbucea constantemente. Simon es maravilloso con él, pero creo que se está encariñando de veras. Si le encuentran una familia, me temo que a Simon se le partirá el corazón. —«Y a mí también», pensó. Solo habían tenido a Timmy durante una semana, pero se estaba convirtiendo en uno más de la familia rápidamente.

—Entonces, estudiad adoptarlo.

Cuánto deseaba hacer eso Kara.

—Creo que aún es muy pronto. Todavía están buscando para asegurarse de que Timmy no tiene familia consanguínea que lo quiera.

—Nunca he tenido registros de nadie a excepción de su madre, y ella está muerta —dijo Maddie llanamente—. Dudo que aparezca nadie que quiera a un niño diabético que nunca le ha importado lo más mínimo. —Con voz más apacible, preguntó—: ¿Está estable?

Kara dio un sorbo a su bebida y asintió con la cabeza.

—Está fenomenal. Incluso se mide la glucosa sin supervisión. Es increíble. Simon está intentando ayudarlo a ponerse al día con los estudios. Iba muy atrasado en el colegio porque su madre dejó de llevarlo después de que le diagnosticaran. Timmy dijo que no quería que la molestaran si se ponía malo en el colegio —contestó, molesta con la mujer que había fallecido de una dosis letal de alcohol. Kara no sabía aún si murió antes de que Timmy entrara en coma, pero se alegraba de que el niño no recordara demasiado.

Maddie le lanzó a Kara una mirada cómplice.

—Suena como si Simon no fuera el único que se está encariñando.

—No lo es. Es difícil no querer a Timmy —reconoció Kara—. Ha estado tan privado de atención y afecto que agradece todos los que recibe. Es feliz y nos encanta tenerlo con nosotros.

Ambas terminaron sus bebidas al mismo tiempo.

—Supongo que deberíamos empezar a comprar —dijo Maddie poniéndose en pie.

—Lo único que tengo que comprar en realidad es para Simon —respondió Kara levantándose y sintiéndose alta junto a la menuda pelirroja a su lado, como siempre—. Fue bueno durante una semana porque prometió que lo sería, pero luego se acabaron las promesas. Ha estado comprándoles regalos a Timmy y a Ginny como loco.

—Sam, igual —reconoció Maddie mientras salía de Starbucks al lado de Kara—. Es ridículo. Los gemelos ni siquiera recordarán esta Navidad, pero ya tienen una pila enorme de regalos debajo del árbol.

—Sabes que esto viene de su infancia, Maddie —dijo Kara pensativa—. No tenían nada, así que ahora que pueden permitírselo, quieren dárselo todo a sus seres queridos.

—Lo sé —respondió Maddie en voz baja—. Me parte el corazón pensar en las Navidades que pasaron de niños.

Kara se detuvo repentinamente y agarró el brazo de Maddie para no perderla entre el gentío de compradores navideños.

—¿Tienes tarjetas de crédito?

—Sí. Un montón. Estoy casada con Sam Hudson, ¿recuerdas? Los límites son tan altos que es terrorífico. ¿Has olvidado la tuya? —preguntó Maddie, perpleja.

—No —respondió Kara con una mirada retorcida—. Pero estoy pensando en hacer muchas compras frívolas ahora mismo.

—Estás tramando algo —dijo Maddie con expresión juguetona—. Desembucha.

Kara le explicó su idea y su razonamiento antes de que ambas sacaran sus tarjetas de crédito con límites obscenos y compraran hasta acabar agotadas.



Unas noches después, Simon estaba midiéndole la glucosa en sangre a Timmy cuando el niño le preguntó:

—¿Crees que de verdad hay un Santa Claus, Simon? Kara dice que sí, pero nunca ha venido a mi casa.

Simon miró al niño de ojos soñolientos con el corazón encogido. Santa Claus nunca los había encontrado a él ni a Sam cuando eran niños, pero quería que Tim creyera en Santa Claus durante el resto de su vida. El niño había estado muy jodido durante su tierna infancia y necesitaba un poco de magia. Todos los niños la necesitaban.

Sinceramente, Simon había encontrado su magia con Kara, así que ya no pensaba mucho en su desgraciada infancia. Lo que compartía con ella compensaba de sobra el haber tenido una infancia de mierda. Pero Tim se merecía algo más.

—Kara es bastante lista —dijo Simon tragando un nudo en la garganta al mirar

el nivel de azúcar de Timmy, aliviado al ver que era normal—. Y sí, sé que Santa Claus existe. Yo creo que me trajo a Kara porque cuando yo era niño también se saltó mi casa por accidente unas cuantas veces —le explicó con cuidado. Se deshizo de la tira y la basura después de comprobar la glucosa de Timmy y se sentó en la cama del niño.

El rostro de este se contrajo de concentración.

—Así que, puede que estar contigo y con Kara por Navidad sea mi gran regalo porque Santa se saltó mi casa antes. —Parecía satisfecho con aquella respuesta.

«Dios. Qué rabia da que un niño se sienta agradecido de que cuiden de él y de tener un techo».

—Santa Claus te encontrará este año. Sabe dónde vivo —le dijo al niño con voz ronca.

—¿Tú crees? —Se le iluminó la cara como un farolillo.

—Lo sé —le dijo rotundamente, revolviendo el pelo oscuro del niño.

Quizás no debería fomentar una mentira, pero carajo, el niño ya había vivido bastante en la cruda y fría realidad. Un poco de fantasía no le haría daño. Tim se merecía al menos una puñetera Navidad extraordinaria y Simon estaba decidido a verlo feliz.

—¿No crees que me recogerán antes? —preguntó Tim inquieto.

«Joder», pensó Simon. Odiaba ver esa mirada de incertidumbre en los ojos del pequeño.

—No. No permitiré que nadie se te lleve. ¿Confías en mí?

Tim asintió y se arrojó hacia Simon con su cuerpecito. Este atrapó al niño cuando chocó contra su pecho, abrazándolo con fuerza en gesto protector antes de sentarlo en su regazo.

—No necesito nada, Simon. Ya me dais más de lo que necesito. Solo quiero quedarme aquí contigo, con Kara y con Ginny por Navidad —musitó Tim, la voz llena de anhelo.

Simon tragó saliva y lo abrazó más fuerte mientras le prometía:

—No vas a ir a ningún sitio. Estarás aquí. —Tendrían que vérselas con él para hacerse con el niño que abrazaba—. Ahora, duerme un poco antes de que Kara se enfade con nosotros.

Tim soltó una risita mientras se dejaba caer sobre su almohada.

—Nunca se enfada. Solo me mira así a veces cuando no está muy contenta con algo que he dicho o hecho.

Simon asintió, de acuerdo con él.

—Y que lo digas. He visto esa mirada muchas más veces que tú. —Conocía perfectamente «la mirada» y la detestaba. Cuando Kara no estaba contenta, él no estaba contento.

—Que descanses, Simon —dijo Tim adormilado.

Este acarició el pelo bien recortado del niño, el corte realizado por la propia Kara.

—Que duermas bien, Tim —respondió con voz temblorosa. El niño estaba llegándole al corazón, haciendo que se sintiera protector, como si fuera su propio hijo.

Levantándose, Simon apagó la luz de hecho y solo dejó encendida una lamparita para iluminar la habitación.

—¿Simon? —lo llamó Tim vacilante.

Este dio media vuelta.

—¿Sí?

—No tengo nada para regalarle a nadie en este año. Solo falta una semana para Navidad quiero regalaros algo a ti, a Ginny y a Kara —musitó Tim con tono disgustado—. ¿Me ayudas a hacer algo?

Simon sonrió en oscuridad.

—Mañana iremos de compras si te duermes ahora mismo —musitó alegremente—. Me gusta ir de compras en Navidad. —Kara iba a matarlo, pero joder, tenía que dejar que el crío comprara algo.

—Voy a dormir —prometió Tim con vehemencia.

—Bien. —Simon dejó la puerta entreabierta y se dirigió a su cama, para acurrucarse con su mujer, dormida y calentita.

Personalmente, sentía que no necesitaba recibir otro regalo durante el resto de su vida. Kara era el mejor regalo que había recibido nunca. Pero, qué demonios, era fantástico ser multimillonario y se le daba fenomenal comprar cosas. Con una sonrisa taimada, se alegraba porque podía comprar más cosas a Kara y a Ginny. Su esposa no se enfadaría si los regalos eran de Tim.



Capítulo 6

—Pa-pá —dijo alegremente la pequeña Ginny Hudson mientras Simon repartía un plátano machacado y unos cereales en el plato de su trona. Kara lo observó mientras él sonreía de oreja a oreja justo antes de que su hija extendiera el brazo y le diera un manotazo en la cara por accidente. Él lo ignoró completamente mientras se enderezaba presumiendo ante Kara:

—¿Has visto lo lista que es? ¿Quién es mamá, Ginny?

Ella se acercó a su hija mientras esta balbuceaba:

—Ma-má —haciendo aspavientos con el brazo en dirección a Kara.

Simon tenía una sonrisa embobada en la cara que decía que creía que tenía la hija más inteligente del universo.

Kara se inclinó y besó a su querida hija en la cabeza porque el rostro de Ginny ya estaba lleno de plátano.

—Muy bien, mi niña —la arrulló, observando cómo tiraba los cereales, de los cuales únicamente unos cuantos terminaron en su boca.

—Mier-da —musitó claramente la niña.

Kara se cruzó de brazos y lanzó a Simon una mirada enojada.

—¿Qué? ¡Yo no le he enseñado eso! —protestó.

—¿Entonces dónde lo ha escuchado? —preguntó Kara con curiosidad. En realidad, era difícil mantener el rostro serio; oír esa palabra de boca de su hija fue sorprendente—. Sus orejitas tendrán que haberlo aprendido de alguien.

—Seguro que no son más que balbuceos de bebé —contradijo Simon, sin mirarla a los ojos—. Solo ha sonado como si dijera “mi...” —se detuvo

rápidamente y terminó diciendo—: una palabrota.

—Puede que sea por mi culpa —dijo Timmy descontento cuando se unió a ellos en la cocina para desayunar—. Lo decía a veces hasta que Simon dijo que era una palabrota —confesó mirando a Kara con cautela—. Lo siento. A Kara se le derritió el corazón porque Timmy parecía muy triste. Se agachó y le dio un beso en la cabeza. Había crecido en un entorno donde oía esa palabra constantemente y probablemente muchas otras que eran mucho peores. No era culpa suya.

—No pasa nada, cariño. Pero es una palabrota y no queremos que tú las digas ni que Ginny las copie.

—No volveré a decirlo. Lo prometo.

—Sé que no lo harás —dijo Kara sonriente.

—¡Tim! —gritó Ginny emocionada, evidentemente feliz de verlo.

Kara observó mientras este se acercaba a ella y la ayudaba a comer cereales pacientemente.

—¿Por qué no usa cuchara? —preguntó con curiosidad.

Kara le sonrió.

—Todavía no ha crecido lo suficiente para coordinar la cuchara, pero acabará haciéndolo.

—Un día le enseñaré —se ofreció Timmy.

Kara miró a su marido. Se le encogió el corazón e intercambiaron una mirada melancólica. ¿Seguiría allí Timmy para enseñarle nada a Ginny? Sentía los ojos llorosos ante la idea de que no seguiría allí. Timmy era muy bueno con su hija y Kara ya quería al pequeño. Estaba casi segura de que Simon también se estaba encariñando con él.

Los cuatro juntos en una sala parecían encajar. Se sentían como una... familia. Simon agarró a Timmy por la cintura y lo sentó a la mesa, poniéndole el desayuno delante. Kara observó cómo calculaba mentalmente los carbohidratos en la comida y preparaba la cantidad adecuada de insulina para el desayuno de Timmy. Su marido lo hacía con tanta pericia y tranquilidad que se había convertido en parte de su rutina matutina. Sorprendentemente, no huía de lo que necesitaba el niño diabético, aunque habría sido mucho más fácil dejárselo a ella puesto que era enfermera. No. Simon, no. Lo atacaba todo con gusto, aprendía todo lo que necesitaba saber de los libros y del equipo médico de Timmy, que había elegido él mismo. Su marido ya lo manejaba todo como un profesional veterano.

Kara se acercó a Ginny, aplastando cereales con los pies desnudos. Su hija

estaba hecha un desastre, con la cara de querubín llena de plátano. Esta sonrió a su madre con una mirada inocente en los ojos castaños.

«Se parece muchísimo a Simon», pensó. Ginny había nacido con ojos azules y pelo oscuro, pero sus ojos empezaron a tornarse castaños hacía meses y su parecido a Simon se había hecho aún más marcado. Su hija tenía un carácter alegre pero, cuando se ponía terca, Kara juraba que había heredado todos los gestos de mal genio y obstinación de Simon.

—Vas a ser un trasto, mi niña, como te vuelvas tan cabezota como tu papi — dijo Kara con adoración mientras levantaba a la niña sucia de la trona para limpiarla.

—Te he oído —dijo Simon desde la mesa del salón—. No soy cabezota — refutó con voz terca.

Kara rio disimuladamente mientras limpiaba a su hija y el desastre que había hecho con el desayuno mientras Ginny gateaba para ver qué hacían su papi y Timmy. Simon era muy tozudo, pero también era tan dulce que hacía derretirse el corazón y su actitud malhumorada y autoritaria giraba en torno a proteger a sus seres queridos. Ahora le hacía gracia recordar los días en que la intimidaba.

Tomó su cuenco de cereales y el café y se unió a su familia en la mesa.

Habiendo terminado su desayuno, Timmy tenía a Ginny acurrucada en el regazo y escuchaba sus balbuceos como si entendiera cada palabra que decía. Simon tenía la tableta en la mesa y hojeaba algunos documentos mientras se terminaba el café. Iba vestido de manera informal, increíblemente guapo con pantalones y una camisa verde pino de manga larga. Estaba esperando a Sam, Max, Kade y Travis en cualquier momento: los cuatro iban a reunirse para hablar de los programas e inversiones para su organización benéfica para mujeres maltratadas. Los cuatro multimillonarios eran grandes donantes de la causa y Kade y Travis querían mantener a todos implicados e informados. La organización había sido fruto del ingenio de los hermanos Harrison porque la esposa de Kade, Asha, había sido gravemente maltratada, pero Sam y Simon recaudaban y donaban fondos y apoyaban la causa al cien por cien.

Kara estaba contenta. Los hombres traían a sus esposas e hijos, así que volvería a reunirse con Maddie, Mia, Asha y Ally. Sus vidas ajetreadas les dificultaban bastante el encontrarse tan a menudo como les gustaría.

Oyó sonar su teléfono unos minutos después, se levantó de un salto y corrió a la cocina, pensando que quizás fuera alguien que llegaría un poco tarde.

No lo era. Y la noticia que le dieron en aquella llamada nada bienvenida era

información que Kara no quería oír.

Colgó el teléfono y volvió a la cocina; había entrado en el salón para que Timmy no escuchara la conversación. Su marido saludaba a los chicos y sus familias en el vestíbulo de la entrada.

—Simon, tenemos un problema —dijo lo bastante alto como para que la oyera por encima de los saludos que tenían lugar en el vestíbulo.

Él la miró preocupado con sus ojos oscuros.

—¿Qué pasa, cariño?

—Era el Departamento del Menor y la Familia. Han encontrado a un pariente lejano de Timmy, alguien que quizás quiera acogerlo —explicó Kara con voz inquieta y trémula, las rodillas temblorosas mientras le ponía al tanto de la llamada.

—Y una mierda —explotó Simon—. Ese supuesto tío lejano nunca se ha preocupado una mierda por Tim. Dudo que se hayan conocido.

—No se conocen —reconoció Kara—. Y no creo que vayan a entregárselo próximamente porque esta persona ha tenido problemas con la ley en el pasado. Era la única familia de Timmy que han logrado encontrar.

—Joder. Tim no va a ir a ninguna parte con un puñetero criminal al que no conoce. El niño ha pasado un infierno. Tendrán que vérselas conmigo para hacerse con él —dijo con voz protectora y áspera, los puños cerrados a los costados.

—También tendrán que vérselas conmigo —dijo Sam ofreciendo su apoyo.

—Puedes añadir mi nombre a la lista —añadió Kade dando un paso adelante.

—Y el mío —fue la respuesta breve y cortante de Travis.

—Me apunto —dijo Max Hamilton con tono de enfado.

—Llamaré ahora mismo para que redacten los papeles para que los firme ese cabrón. —Sam pasó a Noah a Asha, que estiraba los brazos hacia su sobrino porque Maddie ya tenía en brazos a Brianna. Sam sacó el teléfono de su bolsillo y salió afuera para hablar.

A pesar de su inquietud, a Kara se le derritió el corazón al ver a los cinco hombres poderosos dispuestos a hacer lo que hiciera falta para asegurarse de que un niño pequeño no fuera maltratado.

—¿Cómo va a saber Sam quién es ese pariente? —preguntó Kara en voz baja, apoyando una mano sobre el musculoso antebrazo de Simon. Tenía el cuerpo tenso, la mandíbula apretada con fuerza, pero su expresión se metamorfoseó en una de consuelo y ternura cuando bajó la mirada hacia ella.

—Sam lo averiguará. No hay muchas personas que no le deban un favor. Gente

importante. Protegeré a nuestro chico, cueste lo que cueste.

«Nuestro chico» pensó Kara. De no haberse sentido tan tensa, habría sonreído ante el lapsus de Simon. A juzgar por la mirada en su rostro, ya consideraba que debía proteger a su Timmy y se lo estaba tomando muy en serio.

Sabía por experiencia que, una vez que Simon reivindicaba a alguien, su afecto y su instinto protector nunca flaqueaban.

Acariciándole la mandíbula tensa con la mano, respondió en voz baja.

—Sé que lo harás.

Sam consiguió toda la información que necesitaba y los hombres salieron por la puerta con rostros glaciales y resueltos.

Kara cerró la puerta tras ellos y suspiró pesadamente, esperando que pudieran arreglar las cosas. No quería que Timmy volviera a tener miedo, preocupada de que se lo llevara alguien a quien él no conocía, aunque fuera un pariente lejano.

—El amor puede más que la sangre —le dijo Maddie a Kara por encima del hombro cuando todas las mujeres y los niños se reunieron en el salón—. ¿Y en serio dudas que nadie pueda oponerse a nuestros cuatro hombres?

—No —reconoció Kara con una sonrisa débil—. Uno de ellos da miedo.

Juntos, son completamente aterradores.

Se ocupó preparando algo para beber a las chicas y, por fin, una sonrisa de confianza apareció en su rostro. Simon nunca la había decepcionado y sabía que no iba a empezar a hora. «Nuestro chico», se repitió.

Pasó junto a un alegre Timmy en camino a la cocina, feliz llevando a Ginny en brazos al salón para jugar con Noah y Brianna. El bebé de Asha hacía muy poco aparte de dormir, ya que era recién nacido, pero Kara sabía que Timmy mantendría ocupados a los gemelos y a Ginny.

«Nuestro chico», pensó de nuevo. Las palabras de Simon la apaciguaron un poco; sabía que en realidad el sitio de Timmy estaba con ellos y que su marido no lo dejaría ir sin luchar por él.

Por suerte, no temía el conflicto y nunca había perdido una batalla desde que lo conocía. «Es demasiado obstinado para perder», pensó reconfortándose con esa idea durante el resto del día.



Capítulo 7

—¿Qué ha pasado? —musitó Kara suavemente desde su enorme cama, observando a su esposo mientras este empezaba a desabrocharse la camisa. Simon había llamado antes y había pedido a Kara que dispusiera que llevaran a casa a todas las mujeres y a sus hijos entre fuertes medidas de seguridad porque los hombres iban a estar ocupados. Ella accedió y no había recibido noticias de él desde entonces, a excepción de sus mensajes de que todo iba bien.

Era tarde, pero Kara no había podido dormir. Lo había esperado despierta y cada minuto parecía una eternidad; el sueño la evitaba porque no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

La lamparita de la mesilla estaba encendida y vio la sonrisa de oreja a oreja de su marido.

—Misión cumplida. Nos llevamos a un abogado con nosotros para que redactara los papeles y que ese imbécil cediera cualquier derecho de custodia de Tim. Vivía en una pocilga en Georgia, un borracho igual que la madre de Tim. Estaba tan hecho mierda que apenas era coherente. Tuvimos que espabilarlo solo para conseguir que firmara.

Kara se estremeció ante la idea de que Timmy hubiera estado a punto de verse en la misma situación otra vez. Entrecerró los ojos:

—¿Le pagasteis o le pegasteis?

—Ninguna de las dos cosas —respondió Simon con neutralidad mientras se quitaba la camisa con un movimiento de los hombros y la tiraba sobre una silla. Empezó a quitarse los pantalones antes de responder—. Digamos que

nos enfrentamos a él con unos cuantos trapos sucios sobre las actividades delictivas que descubrimos sobre él y decidió que no quería pelear contra nosotros. En realidad no quería a Tim cuando averiguó que tiene problemas de salud y que necesita cuidados especiales. Supongo que pensó que podía llevarse el cheque por darle acogida y sacarle un poco de trabajo esclavo. Cabrón. Solo tiene siete años. —Se bajó el bóxer y los pantalones, quedándose completamente desnudo.

Kara suspiró al estudiar el glorioso cuerpo desnudo de Simon. Era fuerte, muy musculoso e increíblemente guapo.

—Eres guapísimo —musitó en voz baja, devorando su tableta de chocolate y torso musculoso con la mirada. Tenía cicatrices de su infancia, pero lo hacían parecer más fuerte, poderoso y completamente irresistible.

Simon subió a gatas a la cama, acechándola.

—Mujer, si no me gustara tanto oírte decir eso, juraría que estás ciega. —Retiró la colcha y las sábanas—. Joder, estás desnuda —resolló.

Ella le sonrió de forma seductora.

—Estaba esperándote. —Después de tener a Ginny, había empezado a llevar camión porque tenía que levantarse muchas veces por las noches. Pero había echado en falta la intimidad de estar piel con piel con él.

—Joder. De haber sabido que iba a recibir esta bienvenida, habría torturado a ese cabrón para terminar antes —dijo bruscamente mientras acariciaba a su mujer con una mirada cariñosa.

—Mi héroe —susurró Kara abrazándose a su cuello—. Bésame, guapetón.

Simon no perdió el tiempo. La tumbó de espaldas y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—Mía, joder. Mía —rugió al abalanzarse su boca sobre la de ella.

Kara se deleitó en su abrazo a medida que la lengua de Simon se adentraba en su boca, exigente, un acto de posesión absoluta que le envió una espiral de deseo directamente a la entrepierna. Sus lenguas se enredaron con necesidad apremiante, Kara dando paso a la insistencia dominante de Simon.

«Así es como me gusta. Exigente y codicioso», pensó.

Cuando él rompió el beso, Kara estaba jadeante, desesperada por que la penetrara.

—Jódeme, Simon. Por favor.

—Mía —carraspeó él, besándole y mordisqueándole la piel del cuello—.

Mía. —Sus labios trazaron un sendero hasta sus pechos antes de que tomara una de las cumbres erectas en la boca y la adorase antes de pasar a la otra—.

Mía —repitió mordiéndole el pezón con delicadeza antes de aliviarlo con la lengua.

Kara gimió y consiguió liberar una de las muñecas; se llevó la mano entre sus cuerpos y le agarró el miembro.

—¿Eso quiere decir que esto es mío? —preguntó sin aliento.

—Nena, es tuyo para que lo domines desde el momento en que te vi y eso nunca ha cambiado. Nunca cambiará. Lo único que tengo que hacer es pensar en ti y se me pone duro. —Le soltó la otra muñeca y descendió por su cuerpo, obligándola a soltarle el pene.

A Kara se le agitó la respiración cuando él le separó las piernas apoyando una palma en cada cara interna de sus muslos. El corazón le retumbó cuando sintió su aliento cálido en el sexo, el cuerpo temblando de deseo.

—Simon, por favor —suplicó—. Te necesito.

—Mía —gimió antes de enterrarle la cara en el sexo.

Gimió y arqueó la espalda mientras él la devoraba, lamiéndola desde el ano hasta el clítoris, deslizando la nariz sobre el palpitante manojito de nervios mientras se dedicaba en cuerpo y alma a la tarea de hacerla llegar al orgasmo. Duro.

Sumergiendo los dedos en su pelo oscuro, empuñó sus mechones con fuerza, alentándolo a seguir adelante.

—Más duro —suplicó, necesitada de más. Con Simon, siempre codiciaba su posesión absoluta.

La lengua de este le pasaba por encima del clítoris una y otra vez, cada movimiento más duro, más fuerte. Kara sintió el torrente de deseo líquido entre los muslos mientras su cuerpo empezaba a temblar.

—¡Sí! —gimió con completo abandono, dejando caer la cabeza y sujetando a Simon por la cabellera de manera letal a medida que él le daba exactamente lo que necesitaba. Le introdujo dos dedos en la vagina, llenándola mientras le mordisqueaba el clítoris suavemente y hacía vibrar la lengua contra la protuberancia.

Ella subió al séptimo cielo cuando el clímax se apoderó de ella.

—¡Ah, Dios! Simon. —Su vaina palpaba en torno a los dedos de su hombre, contrayéndose y relajándose cuando encontró su desahogo.

Él ascendió a gatas sobre su cuerpo después de haberle exprimido y lamido hasta la última gota de placer y deseo líquido con ese orgasmo.

—Qué rica estás —gruñó mientras cubría su cuerpo con el suyo—. Podría saborearte toda la puta noche.

—No podría soportarlo —respondió Kara sin aliento, abrazándose a su cuello y deleitándose en el tacto de su piel cálida contra la de ella—. Jódeme, por favor —suplicó. Lo necesitaba tanto que estaba a punto de llorar.

Él le dio la vuelta y la colocó encima.

—Tómame, nena. Enséñame lo que deseas exactamente. Tócame.

Mientras Simon yacía en una postura que otrora fuera incapaz de tolerar, a Kara se le pusieron los ojos llorosos al mirar al hombre que había aprendido a confiar en ella completamente. El hombre que quería sus caricias en lugar de temerlas.

Con audacia, se sentó a horcajadas sobre él, sintiendo su miembro golpeándole el clítoris mientras movía las caderas para deslizar su larga y ancha verga a lo largo de sus pliegues húmedos.

—No me apetece ser delicada —le advirtió, medio en broma, medio en serio, devolviéndole un comentario que él le había hecho muchas veces.

Simon sonrió de oreja a oreja entendiendo su tierna parodia.

—Ponte dura conmigo, cariño. Creo que puedo aguantarlo.

Kara tomó su cabeza entre las manos y se inclinó para besarlo; el sabor de su sexo en los labios de Simon alimentó la llama de su cuerpo ardiente.

—Ummm —dijo al apartar la boca de la de él—. Sabes a mí. Eres mío —murmuró en voz baja, viendo cómo los ojos de Simon se encendían con una pasión posesiva. Sabía que le encantaba que lo reivindicara como él la reivindicaba a ella.

—Jódeme, Kara —exigió Simon—. Ahora.

Ella se mordió el labio para contener una sonrisa. Tal vez estuviera encima, pero que ella tuviera el control era una ilusión. Aparte de las pocas veces en que había confiado en ella dejándose maniatar y las ocasiones en que había entendido mal sus dudas a la hora de desnudarse, siempre era un amante exigente, posesivo y mandón. Y a ella le encantaba. Simon hacía que se sintiera amada y la saciaba como ningún hombre la había satisfecho nunca.

—Dominante —lo acusó haciendo girar las caderas sobre su pene duro como una piedra.

—¿Me quieres dominante? —preguntó con voz amenazante antes de levantar todo su cuerpo y ponerla a cuatro patas delante de él.

—Se acabó el provocarme, nena —gruñó—. Te deseo con locura.

Agarrándole las caderas con fuerza, la penetró completamente, gimiendo al enterrarse hasta las pelotas.

—Mía —dijo con voz áspera mientras su miembro la llenaba y sus manos

pasaban de las caderas de Kara a su vientre y ascendían hasta ahuecarle los pechos—. Qué rica, joder.

Ella se estremeció por la sensación de su pene haciendo que se expandiera mientras sus dedos le pellizcaban los pezones sensibles lo bastante fuerte como para que la alternancia entre dolor y placer la volviera prácticamente loca.

Jadeando, Kara echó las caderas hacia atrás con fuerza, acogiendo cada centímetro de Simon que podía.

—Joder —gruñó él—. No voy a ser delicado —le advirtió seriamente mientras sus manos volvían a agarrarle fuertemente las caderas para extraer de nuevo el pene casi por completo antes de embestir una vez más con un golpe suave.

—¡Ahhh! —jadeó Kara, tan necesitada de Simon que todo su ser se estremecía de aquella posesión.

No fue delicado. Empezó un ritmo rápido y duro que la golpeaba y no cesaba de ir más duro y más rápido mientras sus pieles entrechocaban con cada poderosa embestida.

—Más duro —suplicó ella, que necesitaba la prueba tosca de cuánto la deseaba su marido.

—Vente para mí, cariño —exigió él mientras deslizaba una mano hasta su vientre y entre sus muslos.

Mientras retrocedía contra él con cada golpe de su miembro, Kara implosionó cuando Simon le deslizó los dedos con fuerza sobre el clítoris haciendo que todo su cuerpo se sacudiera con un orgasmo explosivo.

—¡Dios, Simon! ¡Te quiero! —gritó mientras se venía.

—Te quiero —gimió Simon en voz alta al encontrar su propio desahogo mientras el sexo de Kara se contraía sobre el suyo entre espasmos, en un orgasmo largo y explosivo.

Derrumbándose de espaldas sobre la cama, la atrajo sobre su cuerpo, con el pecho subiendo y bajando pesadamente.

—Te quiero tanto que me acojona —musitó rodeándola con los brazos en gesto protector mientras enredaba las manos en su pelo. Lo acarició tiernamente y la besó en la cabeza.

Kara se acurrucó más contra su pecho, apoyando el oído contra su corazón y sintiendo su pulso acelerado al compás del corazón desbocado de Simon.

—Yo también. Creía que quizás se me pasaría la locura, pero parece no terminar nunca. Hoy te quiero más que ayer y creo que mañana te querré más

que hoy —suspiró—. Supongo que así es como debe ser un buen matrimonio. Creo que pasaré toda una vida descubriendo algo nuevo de ti cada día, otra cosa que me haga quererte aún más.

—Entonces odio los días en que te enojo —dijo Simon sinceramente—.

Quiero que me ames más cada día.

Kara sofocó la risa.

—Incluso cuando me enfadas te quiero más cada día.

La increíble capacidad de amar y proteger a sus seres queridos de Simon contrarrestaba con mucho las cosas que hacía que la molestaban.

—Bien. Entonces tengo algo que confesar —dijo malhumorado.

—¿Qué?

—Llevé a Tim a hacer compras de Navidad. Sé que dijiste que me estaba excediendo con los regalos, pero tenía muchas ganas de compraros algo a ti y a Ginny —confesó Simon.

Kara se echó a reír.

—Yo también lo llevé. Quería comprarte algo.

—¡Nos la ha jugado! Chico listo —dijo con tono de orgullo.

—Pero no nos la estaba jugando. Era realmente importante para él. No creo que lo hiciera a propósito —respondió Kara, acariciándole los músculos duros del torso distraídamente, delineando con cariño cada una de sus cicatrices.

—No —convino Simon—. Pero encontró la manera de hacer lo que le parecía correcto. No quiere nada para sí mismo. Solo quiere estar con nosotros.

Kara tragó el nudo que tenía en la garganta. Alzando la cabeza, miró a Simon a los ojos.

—Yo también quiero que esté con nosotros. Lo amo, Simon. Lo amo como si fuera mi propio hijo. Me gustaría estudiar la posibilidad de adoptarlo. Dijiste que no quieres otro hijo, pero de verdad, yo...

Simon le puso los dedos en los labios para detenerla.

—Yo también quiero hacerlo, cariño. Más que nada. Sabes por qué no quería otro hijo. Era por ti. Pero ahora que tenemos a Tim, no quiero dejarlo marchar —dijo con voz ronca—. Quiero que pueda vivir una vida normal. Quiero que sea nuestro. Se hace querer.

Se inclinó y besó a su marido con ternura antes de decirle:

—Eres un hombre increíble, Simon Hudson. No sé por qué nunca pensé en adoptar. No necesito tener un hijo con mi ADN para quererlo como si fuera mío. Hay muchos niños ahí fuera que necesitan un buen hogar. Casi me siento

egoísta por no haberlo pensado antes.

—Tú. No. Eres. Egoísta. —Simon enunció cada palabra con irritación—. Hace falta una mujer muy especial para adoptar a un niño con necesidades especiales.

—En realidad, no —negó—. Me trae más felicidad que problemas. Sé que podría desestabilizarse en cualquier momento, que podría tener complicaciones, pero estoy dispuesta a estar ahí por él. Quiero estar ahí. Simon la abrazó más fuerte.

—Yo también, cariño. Yo también.

Kara sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, que empezaron a caer libremente en el pecho de Simon.

—Eh... no llores —dijo levantándole la cabeza para mirarla a los ojos—. No me gusta.

—Son lágrimas de felicidad —dijo sorbiéndose la nariz.

—Me da igual. Odio verte llorar —gruñó él.

—Lo sé —reconoció Kara secándose las lágrimas de la cara—. Te quiero mucho, Simon. Por eso lloro.

Apartándole el pelo de la cara, este comentó secamente:

—Joder, si estuviera enamorado de alguien como yo, también lloraría.

Kara soltó una risita y le dio un puñetazo juguetón en el bíceps.

—Amarte y tenerte como esposo me hace muy feliz —respondió fervientemente.

—Gracias a Dios —replicó él con una voz aliviada y áspera, agarrando la colcha y la sábana para cubrir sus cuerpos desnudos entrelazados.

Kara sonrió contra su pecho, el corazón liviano. Después de tantos años sola, no se tomaba a la ligera el tener una familia maravillosa.

A pesar de todo lo que había sufrido Simon en su vida, se hacía querer. Tras su exterior malhumorado e intimidante, tenía un corazón tierno que debería haber sabido que era sincero desde el minuto en que la rescató de la indigencia hacía unos años.

«Tengo suerte, soy muy afortunada de tener a Simon, a Ginny y, ahora, a Timmy», pensó. Se acercaba la Navidad, pero Kara sabía que ya tenía todo lo que necesitaba. Tenía a Simon y la familia que habían formado juntos. Aún sonriendo y con Simon acariciándole la espalda desnuda de arriba abajo con una mano reconfortante, se quedó dormida.



Capítulo 8

Maddie Hudson se dejó caer sobre el sofá muy tarde aquella Nochebuena con un suspiro de alivio.

—Estoy agotada y ni siquiera tengo que limpiar el desorden.

Por fin solas las dos mujeres después de la maravillosa fiesta de Navidad que había organizado Sam, Kara admitió sentada al otro extremo del sofá:

—A veces está bien tener *catering*. Estar casada con un multimillonario tiene sus ventajas.

A Maddie se le entrecerraron los ojos al ver a Kara comiéndose otra galleta de Navidad y después tomó el plato, de donde escogió una galleta con glaseado verde haciendo una mueca.

—Qué demonios, haré dieta después de las vacaciones.

—Estoy llena —admitió Kara—. La comida era fantástica y estoy que reviento, pero no dejo de comer.

—Hay demasiadas tentaciones alrededor —musitó Maddie mientras se comía su galleta.

La fiesta había sido maravillosa. No había sido grande y solo había incluido a la familia, pero Sam la había hecho extravagante y mágica. Kara miró fijamente el enorme árbol de Navidad de al menos cuatro metros y medio de altura que estaba completamente decorado con luces blancas, haciendo que todos los lazos y adornos se vieran absolutamente preciosos. Por suerte, Sam y Maddie tenían sitio para el árbol; en realidad, su casa era una mansión con altos techos abovedados. A pesar de que sus invitados ya habían intercambiado y abierto regalos por la noche, el espacio bajo el árbol seguía

repleto de regalos que se abrirían por la mañana, regalos que Maddie y Sam habían comprado el uno para el otro y para los gemelos.

—Vuestro montón no parece más pequeño que el nuestro en el ático — comentó Kara con gracia, dando un buen trago de chocolate caliente.

—La mayoría son de Sam —contestó Maddie, carcajeándose divertida—.

Después de nuestra salida de compras, solo dejé unos cuantos para él.

Ambas se habían puesto ropa cómoda, pantalones y sudaderas de Navidad.

Sam y Simon habían subido a echar un ojo a todos los niños. Los gemelos, Ginny y Timmy se habían quedado dormidos después de abrir los regalos y cenar.

Los proveedores del *catering* ya habían limpiado el desorden de la fiesta y todo el mundo se había ido casa, pero la de Maddie seguía decorada de manera espléndida y muy navideña. Kara había decorado el ático con Timmy hacía unos días, colgando muérdago y guirnaldas, lazos y adornos por toda la casa a juego con el árbol de Navidad. Incluso Timmy tenía un árbol diminuto en su habitación y juraba no querer quitarlo nunca. Por desgracia, como el arbolito era real, tendrían que quitarlo; el niño lo entendería cuándo empezarán a caerle las agujas. Pero Kara esperaría hasta después de las Navidades para darle la mala noticia. Estaba encantado y muy feliz.

—¿Estamos listas para el espectáculo? Ya casi es la hora —le recordó Kara a Maddie.

—Estoy lista. Debemos de estar locas —dijo riendo.

—Simon ni siquiera preguntó por el cargo a la tarjeta y era tremendo —le dijo Kara a Maddie emocionada.

Esta se encogió de hombros.

—Sam tampoco. Nunca lo hace.

—¿Por qué no habíamos pensado en hacer esto antes? Nuestros chicos cuidan de nosotras todo el tiempo, pero nunca nos excedemos por ellos —musitó Kara—. Y realmente se lo merecen.

—Porque no hace tanto tiempo que éramos pobres —respondió Maddie—. Y nuestros maridos son multimillonarios que no necesitan ni desean nada.

—Ahora —añadió Kara en voz baja—. Pero hubo muchas Navidades en las que ese no fue el caso. En realidad, ninguno de ellos tuvo infancia. Sin embargo, Simon sigue intentando convencer a Timmy de que Santa Claus existe de verdad.

Maddie le lanzó una sonrisa traviesa a Kara.

—¿Eso hace? ¡Qué dulce!

—Supongo que quiero compensar todo lo que ha hecho daño a Simon, todas las Navidades que no fueron buenas cuando era niño —dijo Kara pensativa.

—Date cuenta de que eso es exactamente lo que están intentando hacer ellos por nosotras —fue la respuesta perspicaz de Maddie mientras señalaba con la cabeza los regalos al pie del árbol.

—Lo sé —dijo Kara con una sonrisa, mirando el reloj mientras se levantaba. Acercándose a la enorme ventana con vistas, se quedó sin aliento al retirar la cortina y ver exactamente lo que esperaban ella y Maddie—. ¡Hala!

Maddie dejó su chocolate caliente en la mesilla de café y se levantó.

—¿Qué?

—Este tipo es increíble. —La luz era tenue, pero el hombre que había prometido llevar todos los regalos a la caseta de la piscina de Sam a medianoche era muy auténtico. Llevaba otro saco de regalos colgado a la espalda e iba disfrazado de Santa Claus. Incluso conducía algo que parecía un trineo. Puesto que estaban en Florida y no había nieve, el vehículo tenía que tener ruedas, pero evidentemente estaban bien disimuladas porque Kara no las veía—. Joder. Eso parecen... renos. ¿Dónde has encontrado este servicio de entrega?

Maddie se acercó a su lado y miró por la ventana.

—No lo encontré yo. Le pedí a uno del equipo de seguridad de Sam que me encontrara a un Santa Claus para que trajera los regalos y le di los detalles. Él comprobó el servicio y dijo que era legítimo, y le hice jurarme que no revelaría nada de todo esto.

Kara entrecerró los ojos intentando descubrir cómo habían disfrazado tan bien de renos lo que tenían que ser caballos.

—Tenemos que preguntarle al agente de dónde demonios ha salido. Este tipo es perfecto.

—Ahora que lo pienso, ese agente se despidió ayer. Dijo que tenía una emergencia familiar y no sabía si iba a volver.

—Tenemos que traer a los chicos —dijo Kara emocionada, el cuerpo estremeciéndose de emoción.

Subió corriendo las escaleras y los buscó. Los encontró en una de las habitaciones de invitados. Al parecer, acababan de hacer una comprobación nocturna del azúcar de Timmy, que estaba tumbado intentando dormirse. No le costó hacer acopio de emoción para decirle a los tres:

—¡Santa Claus está aquí, daos prisa!

Timmy se sentó en la cama, el gesto emocionado, pero cauteloso.

—¿No se supone que tengo que estar durmiendo? ¿Y si se enfada?

Kara sintió que Maddie se hacía hueco a su lado y decía:

—No se va a enfadar. Acabo de preguntárselo.

Timmy salió de la cama disparado y aventajó a los dos hombres, perplejos.

Simon lanzó una mirada confundida a Kara, que se limitó a darle la mano y lo condujo tras Timmy mientras Maddie hacía lo mismo con Sam.

—En la caseta de la piscina —le dijo Kara a Timmy—. Santa Claus dijo que no había bastante sitio para todo debajo del árbol.

—¿Qué estás tramando? —le susurró Simon en voz alta al oído mientras dejaba que lo condujera al exterior de la casa hasta la caseta de la piscina.

Maddie y Sam los seguían de cerca.

—Es Navidad —respondió ella—. Puedes actuar como un niño y sorprenderte.

—Nunca he sido niño —replicó Simon con indiferencia.

«¡Qué gran verdad!», pensó ella.

El hecho de que Simon y Sam no hubieran tenido una infancia de verdad era una de las razones por las que ella y Maddie les había regalado aquella noche. Simon le había dicho en más de una ocasión que había sido adulto toda su vida. Por una vez, quería preocuparse de sus necesidades, dejar que disfrutara de recibir un regalo en Navidad.

—Selo por esta noche. Por favor —le dijo en voz baja, girando la cabeza hasta que sus miradas se encontraron y se sostuvieron mutuamente.

—Vale. ¿Ha venido Santa Claus por Timmy? —preguntó con tono ilusionado, captando la emoción del momento.

—Ha venido por todos vosotros. Le dije que tú también habías sido bueno este año —dudó un momento antes de añadir—. Casi todo el año.

Entraron en la caseta de la piscina antes de que Simon pudiera responder, las miradas clavadas repentinamente en las enormes pilas de regalos del cenador y la parte del bar de la caseta de la piscina.

Había un arbolito con luces centelleantes y la habitación estaba decorada en rojo y verde, algo que Kara supuso había dispuesto Maddie.

Santa Claus estaba en cuclillas junto a Timmy, hablando con el chico en voz baja y suave.

Mesándose la barba, Santa Claus se levantó y dijo con voz retumbante:

—Es hora de que me vaya. Tengo que visitar muchas casas esta noche.

—¿Todo esto es para nosotros? —preguntó Timmy con voz estupefacta.

Kara parpadeó cuando Santa Claus se mesó la barba blanca, muy auténtica, y

le guiñó el ojo a Timmy.

—Son para cada uno de vosotros que haya sido bueno este año. —Su rostro alegre y rubicundo se tornó serio un momento antes de añadir—. Unas cosas que teníais que haber recibido hace años.

Timmy ya estaba de rodillas mirando los regalos.

—¡Algunos son para mí! —exclamó emocionado.

Kara sonrió al falso Santa Claus.

—Gracias —dijo en voz lo bastante baja para que Timmy no pudiera oírla.

—De nada, Kara —respondió con una sonrisa radiante.

«¿Cómo sabe que yo soy Kara y no Maddie?», se preguntó. Nunca había visto a ese hombre y Maddie había organizado la entrega.

Santa Claus observó sus manos unidas a las de Simon y después su mirada pasó a Sam y Maddie, en concreto a sus manos unidas, antes de decir solemnemente:

—Amaos bien. Todos os lo merecéis. —En voz más alta, vociferó—. ¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad! —Y levantando una mano con un guante negro, salió tranquilamente por la puerta con paso seguro.

—¡Aquí hay un regalo para ti, Kara. Y para Simon, Sam y Maddie! —gritó Timmy contento.

Maddie y Kara intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Oh, no. Debe de haber cometido un error —musitó Kara, inquieta. Soltó la mano de Simon y corrió tras el mensajero con Maddie pisándole los talones. Ambas se detuvieron en seco cuando llegaron a la zona de la entrada circular donde había estado aparcado el trineo.

—Se ha ido. ¿Cómo puede haberse marchado tan rápido? —le preguntó Kara a Maddie sin aliento. Miró hacia la entrada de coches y no vio señales de vida. Todo estaba en silencio.

—No lo sé —respondió Maddie, que sonaba tan confundida como Kara—. No tendría que haber regalos para nosotras ahí debajo, pero vamos a actuar con tranquilidad. Timmy está emocionadísimo. Intentaré averiguarlo más tarde. Kara asintió mirándola y las mujeres volvieron a la caseta de la piscina para encontrarse a los chicos abriendo los regalos.

Para alivio de Kara, era todo lo que ella y Maddie les habían comprado.

Ambas se arrodillaron junto al árbol y observaron mientras los hombres y el niño se habrían pasado entre el montón de regalos, todos sonriendo de oreja a oreja como críos.

Maddie dijo que había encontrado una colección de cromos de béisbol

desgastados al fondo del armario después de que ella y Sam se casaran. Cuando le preguntó por qué ya no los coleccionaba, este le dijo que los cromos que había encontrado eran unos muy comunes que había conseguido gratis o por muy poco dinero cuando era niño y que había dejado esa afición siendo ya un chico joven. A Sam le encantaba el béisbol y la mayoría de los regalos de Maddie para él estaban relacionados con el deporte, incluida una increíble colección de cromos y recuerdos que ahora examinaba como un niño fascinado.

Kara ya sabía que Simon coleccionaba monedas, pero se había percatado de que en muy raras ocasiones se compraba ninguna, aunque podía permitírselo de sobra. Sinceramente, estaba casi segura de que era porque estaba muy ocupado pensando en ella y su afición había pasado a un segundo plano. Le había comprado un montón de monedas difíciles de encontrar y muchos otros regalos completamente inútiles que podría no utilizar nunca, pero que probablemente había ansiado de niño.

En ese momento, los tres chicos intentaban montar un enorme juego de tren que era un regalo con los nombres de los tres.

—Si lo cuidamos, podemos dárselo a Noah algún día —ofreció Timmy generosamente mientras Simon le ayudaba a montar unos cuantos vagones.

Sam le acarició la cabeza mientras respondía:

—Es una idea excelente y muy generosa de tu parte, Tim. Pero primero podemos jugar con él —dijo lanzándole una sonrisa traviesa.

Kara y Maddie se sentaron y dejaron espacio para que los hombres y Timmy jugaran con su tren.

—Mira qué contentos están —dijo Maddie en voz baja mientras estiraba las piernas junto a las de Kara.

—¿No vais a abrir vuestros regalos? —preguntó Timmy levantando la vista desde su juego de tren para señalar con un aspaviento los paquetes que seguían bajo el árbol.

Ambas mujeres se miraron y asintieron lentamente. En realidad, ¿qué opción tenían? Kara sabía que sería extraño si no lo hacían.

Por suerte, solo había uno para cada una y tomó los paquetes que le llevó Timmy antes de volver a su tarea.

Kara rasgó el papel del regalo y se quedó sin aliento al revelar lo que contenía exactamente. En el interior del papel había un regalo que ansiaba de niña: una preciosa Barbie de vacaciones con un vestido blanco immaculado de encaje y piel. Cuando era niña la ansiaba desesperadamente, pero sabía que era

demasiado cara como para pedirle a sus padres que se la compraran en Navidad. Eran pobres de solemnidad y Kara se había contentado con una Barbie normal de una tienda de saldos. Pero cuánto había deseado aquella. Y era la misma muñeca, del mismo año y nuevecita, aún en su caja. La apretó contra su pecho con un gesto reflejo.

—Por favor, no me digas que acabas de recibir el regalo que más deseabas durante la infancia —le susurró Maddie desesperada.

Kara giró la cabeza y miró a Maddie.

—Sí —le dijo con voz trémula, sosteniendo la Barbie, que ahora era de coleccionista, para que la viera Maddie—. Incluso es del mismo año.

—Ay, Dios. —Susurró Maddie—. A mí también me ha traído lo que más deseaba de niña. Quería un horno desesperadamente, pero estaba en una casa de acogida. Nos regalaban cosas prácticas. Incluso es el mismo modelo que quería; ya ni siquiera se fabrica. Desde hace años.

Kara vio a Maddie cerrar los ojos y apretarse la caja contra el pecho.

—¿Cómo puede ser una coincidencia? —preguntó, atónita. ¿Cómo se habían colado en el montón aquellos dos regalos con sus nombres?

—¿Santa Claus? —preguntó Maddie dubitativa.

Kara miró a su alrededor, observando a los tres chicos con las cabezas juntas, sonriendo cuando por fin consiguieron que el tren recorriera la vía. Bajó la mirada hacia la preciosa Barbie que había deseado desesperadamente hacía tanto tiempo y la abrazó contra el pecho, percatándose de que Maddie seguía aferrada a su horno.

—No me importa cómo ocurriera —reconoció Kara por fin—. Quizás fuera una llamada de atención para hacer que empiece a creer en los milagros navideños.

Maddie asintió lentamente.

—Tenemos mucho que agradecer —convino.

—Como el hecho de que ambas tenemos hijas que pueden heredar estos regalos? —musitó a sabiendas de que atesoraría la muñeca y un día se la regalaría a Ginny y le contaría la historia de cómo había llegado a sus manos.

—Sí —suspiró Maddie—. E hijos de los que estar orgullosas y maridos a quienes queremos tanto que duele. Tal vez nuestras infancias fueran una mierda, pero desde luego que ahora Santa Claus nos lo está compensando —dijo antes de guiñarle un ojo a Kara.

—Han cambiado tantas cosas en los últimos años —dijo Kara observando a su esposo y a Timmy con cariño.

—Gracias a Dios —añadió Maddie, la voz desbordante de felicidad y gratitud—. Porque nuestras antiguas vidas daban asco.

Kara se echó a reír y dejó la muñeca en el suelo con cuidado mientras extendía los brazos para darle un fuerte abrazo. Maddie colocó su precioso regalo en el suelo y le devolvió el abrazo.

—Feliz Navidad —dijeron al unísono.

—¡Eh! ¿Podemos unirnos? —preguntó Simon con voz grave.

Kara soltó a Maddie y alzó la mirada hacia su marido, sonriendo ampliamente al darse cuenta de que sostenía una rama de muérdago por encima de su cabeza.

A su lado, Sam estaba parado en la misma postura, haciéndole lo mismo a Maddie.

Kara se puso en pie, rodeó el cuello de Simon con la mano y atrajo su boca hacia la suya, dándole un beso lento y profundo, lleno de emoción, intentando expresar sin palabras cómo se sentía.

Cuando levantó la cabeza, él la miró con ternura, con el corazón en la mirada.

—Te quiero, cariño.

—No llego —dijo Timmy descontento, con una rama de muérdago en la mano.

Kara le revolvió el pelo y se agachó para besarle la mejilla.

—Ni siquiera necesitas el muérdago, pequeñín.

Simon lo tomó en brazos y besó al niño en la frente.

—Es hora de irse a dormir, colega. Mañana podemos seguir jugando —dijo con una sonrisa.



Kara preparó a Ginny para irse mientras Simon recogía todas sus cosas y cargaba el coche con ayuda de su chófer. Finalmente, los cuatro quedaron situados en el asiento trasero de la limusina de Simon, todos muy cansados pero felices.

Apoyó la cabeza contra el hombro de Simon, el corazón completamente repleto de júbilo y alegría. No hacía mucho tiempo, no tenía hogar y estaba sola en el mundo sin nadie que se preocupara por ella excepto Maddie.

—Soy tan feliz que me dan ganas de llorar —le susurró a Simon.

—No llores. No me gusta —gruñó él—. Solo sé feliz.

—Ya lo soy —dijo estirándose para darle un beso en la mandíbula atractiva con barba incipiente. Su marido nunca había captado el concepto de *llorar de*

alegría.

—Apuesto a que podría hacerte más feliz cuando acostemos a los niños —dijo arrastrando las palabras con voz grave y pícaro.

A Kara se le contrajo el sexo y sintió una llamarada de calor entre los muslos. Sonrió en la oscuridad mostrándose accediendo:

—Estoy segura de que puedes.

—Tengo un vale de San Valentín guardado para una ocasión especial —respondió en voz baja y esperanzada.

Ella se inclinó hacia él y le lamió el lóbulo rápidamente.

—No lo necesitarás ni esta noche ni ninguna noche que me desees.

—Siempre te deseo. Eres mía, Kara, y siempre lo serás —respondió con un susurro áspero. Ambos hablaban en voz baja, aunque Timmy estaba profundamente dormido, la cabeza inclinada dulcemente contra el asiento de coche para Ginny.

—Y tú siempre serás mío —replicó Kara acariciándole el rostro con la palma de la mano.

—Y que lo digas —farfulló él; su voz empezaba a sonar lujuriosa y dominante —. Eres el mejor regalo que he recibido nunca. Siempre lo serás.

Kara contuvo una sonrisa, pensando que ser amada y amar al hombre que estaba a su lado también era el mejor regalo que había recibido nunca.

Otrora, Kara no creía en milagros. No le había sucedido nada milagroso en toda su vida y había padecido dolor y pobreza, apenas intentando sobrevivir. Pero igual que la Barbie que había recibido aquella noche, a veces llegaban a tiempo cosas raras y maravillosas. Simon era la prueba viviente.

Lanzó un gracias en silencio a Santa Claus por recordarle que algo tan escaso y precioso como el amor que compartían ella y Simon merecía la pena la espera y el dolor.

Como les había aconsejado Santa Claus, lo querría bien. Los hombres como Simon Hudson eran escasos y en cuanto los niños estuvieron acostados y dormidos, le mostraría lo mucho que lo amaba.



Epílogo

—¿Crees que podré llevarme todo esto, Simon? —preguntó Timmy ansioso el día de Navidad, rodeado de una montaña de regalos más alta que él. Simon vio la aprensión en los ojos del chiquillo y frunció el ceño. Kara estaba en la cocina, preparando la cena de Navidad, así que él tenía a Ginny en brazos, dormida contra su pecho mientras se relajaba en el sofá preguntándose si había comprado suficientes regalos para todos. Sí. De acuerdo. Kara pensaba que se había excedido, pero tal y como lo veía él, más siempre era mejor. Por mucho que quisiera a su esposa, a Ginny y a Timmy, podría comprar varias furgonetas cargadas de regalos para ellos y no bastarían para intentar demostrarles lo mucho que significaban para él.

Dubitativo, Simon no estaba seguro de qué decirle a Tim. Joder, sí, el niño iba a quedarse con sus cosas. Y él iba a quedarse con el niño. «Mío», pensó. Por lo que respecta a Simon, ahora Tim era suyo para protegerlo y si alguien se llevara a su hijo sería por encima de su cadáver. El niño ya había sufrido bastante, había pasado suficiente tiempo en su vida sintiéndose como si nadie lo quisiera. Él y Kara querían a Tim e iban a quedarse con él.

—Ven aquí —le dijo al niño asustado con la voz más amable posible mientras pensaba en que cualquiera pudiera arrancar al niño vulnerable de siete años de su nuevo hogar. «Y una mierda. No va a pasar».

Tim se levantó de inmediato de su sitio cerca del árbol y trepó al sofá junto a Simon rodeando a Ginny con un bracito protector.

Simon tragó saliva mientras los miraba a los dos, que ya estaban unidos. Tim ya se mostraba como un hermano mayor protector con su hija.

—No le digas a Kara que te lo he contado, pero queremos que te quedes con nosotros para siempre —dijo Simon con voz ronca. No estaba seguro de qué opinaría Kara acerca de que Simon le contara tan pronto a Tim sus planes de adoptarlo y sin estar ella presente, pero no pudo evitarlo. No soportaba ver al niño tan triste.

Tim alzó la mirada hacia él con expresión atónita.

—¿Para siempre? ¿Queréis que me quede?

«¡Dios!», pensó ¿Tan difícil le resultaba a Tim creer que alguien lo quisiera de verdad? Eso hacía que se enfadara con el mundo.

—Sí. Queremos adoptarte, Tim. ¿Qué te parece?

—¿Por qué? —preguntó él con los ojos plagados de optimismo precavido—. Estoy malito. Doy mucho trabajo.

Simon estuvo a punto de gruñir, pero se contuvo.

—¿Te encuentras mal ahora mismo?

Tim sacudió la cabeza lentamente.

—No. Me encuentro bien. Pero a veces me encontraré mal.

Simon no podía discutirle aquello. Probablemente habría ocasiones en que Tim tendría problemas, pero lidiar con eso formaba parte de ser padres.

Estaba más que dispuesto a hacerlo.

—No estás malito. Tienes una enfermedad que a veces te causará problemas

—respondió sinceramente—. Pero eso no nos importa a Kara ni a mí. Te queremos, colega. Y queremos que seas nuestro hijo y el hermano de Ginny.

Espero que tú también lo quieras —le dijo a Tim con voz ronca.

Simon casi gruñó cuando se formaron grandes lagrimones en los ojos del pequeño que empezaron a caerle por las mejillas mientras él lo miraba asombrado.

—¿De verdad? —preguntó Tim con expresión aún cautelosamente optimista.

«Dios», pensó. El niño lo estaba matando. ¿Dónde demonios estaba Kara?

Lidiaba con esas cosas mejor que él. Quizás no debería haberlo mencionado.

—Sí. De verdad. Y no llores. No me gusta —farfulló secándole las lágrimas de la cara con dedos delicados.

Tim levantó la palma y se secó las lágrimas.

—Porque no es de hombres, ¿verdad?

Simon podría haber mentido fácilmente y haberse mostrado de acuerdo, pero respondió sinceramente.

—No, Tim. No me gusta porque, cuando alguien que me importa llora, yo también me pongo triste.

—¿Y qué pasa cuando son lágrimas de felicidad? —preguntó Tim sorbiendo por la nariz.

—Cuando era joven nunca vi lágrimas de felicidad. Creo que todavía no las he entendido —contestó Simon sonriéndole—. Kara hace eso de llorar de felicidad, pero para mí, llorar significa tristeza.

—No estoy triste, Simon. Solo estoy asustado —dijo Tim dubitativo. Simon frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Tengo muchas ganas de quedarme contigo, con Kara y con Ginny. Pero me da miedo que pase algo malo. Suele pasar.

—No pasará nada —le prometió Simon—. Te lo prometo. Confías en mí, ¿verdad?

Tim asintió con entusiasmo.

—¿Recuerdas lo que te dije acerca de mantener mis promesas?

Tim inclinó la cabeza solemnemente.

—Serás hijo mío, igual que Ginny es mi hija —prometió Simon con un nudo en la garganta.

Kara tenía razón. Un niño no tenía por qué tener su ADN para robarle el corazón. Este chico se le había metido en el terco órgano desde el momento en que aceptó a Simon tal y como era, con cicatrices y todo.

—Si me adoptas, ¿podré llamarte *papá*? —preguntó esperanzado—. ¿Y Kara será mi mamá? ¿Y Ginny será mi hermanita?

—Sí, sí y sí. No tienes que esperar hasta que la adopción sea definitiva. Eres nuestro chico —respondió Simon con tono protector.

Finalmente, una amplia sonrisa apareció en el rostro de Tim y Simon se relajó. «Santo Dios», pensó. Esperaba no tener que volver a ver a ese niño llorando nunca, fueran lágrimas de felicidad o no.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Kara con curiosidad cuando entró en el salón.

—Vas a ser mi mamá —parloteó Tim emocionado.

A Simon se le aceleró el corazón cuando su mujer lo miró inquisitivamente. Este asintió, incapaz de pronunciar ni una palabra por el nudo que tenía en la garganta.

Vestida informalmente como los demás, unos pantalones gastados y un jersey navideño abrazaban amorosamente el cuerpo de Kara. Tenía el rostro encendido después de estar en la cocina y sus brillantes ojos azules lo miraban sonrientes.

«Mía», pensó. Como de costumbre, la deseó desde el momento en que la vio, pero su amor era mucho más profundo que lo físico. Era la parte que le faltaba a su alma y por fin estaba completo. Ginny y Tim eran un enorme regalo y hacían que todo fuera tan jodidamente perfecto que daba miedo.

Kara creía que él la había salvado, pero en realidad era ella quien lo había rescatado de una profunda soledad que no había reconocido hasta conocerla a ella, una soledad que ya no existía.

«Ahora tengo mi propia familia», pensó sonriéndola cuando Tim se arrojó en sus brazos y la abrazó como si no quisiera soltarla nunca.

Simon comprendía lo que sentía el niño exactamente.

—¿De verdad vas a ser mi mamá? —preguntó Timmy entusiasmado.

Kara levantó al niño y se sentó junto a Simon, sosteniendo a Tim en su regazo.

—De verdad. Quiero ser tu mamá —le dijo en voz baja.

—Entonces Santa Claus tenía razón. Dijo que no me preocupara, que algún día seríais mi mamá y mi papá. Tendría que haber creído en él —dijo Tim preocupado.

—¿Santa Claus dijo eso? —le susurró al niño al oído; parecía sorprendida. Timmy asintió.

Simon miró a su esposa, que le lanzó una mirada alarmada. Se preguntó si estaba disgustada porque ya le había mencionado la adopción a Tim.

—¿Qué pasa?

Tim le dio un último abrazo a Kara y bajó de su regazo para organizar sus regalos de Navidad y jugar con ellos.

Kara le sonrió y sacudió la cabeza.

—Nada importante. Te lo contaré más tarde. Pero me parece que debería empezar a creer en Santa Claus.

—Siento habérselo contado a Tim sin que estuvieras aquí, pero estaba preocupado —le dijo Simon en voz baja para que el niño no los oyera.

—No pasa nada —susurró Kara apoyando la cabeza contra su bíceps con un bostezo.

—¿Cansada? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí. Alguien me ha tenido levantada hasta muy tarde —respondió con voz soñolienta.

—Solo intentaba recordarte lo mucho que valoro tu cuerpo —contestó Simon.

«Mierda», pensó. Ya tenía una erección del tamaño de Texas con tan solo pensar en la víspera, y en la noche anterior.

—Estoy sobradamente convencida —replicó ella con tono travieso, girando la

cabeza para mirarlo—. Pero puede que necesite recordatorios todas las noches.

—¿Quieres echarte una siesta? Cuidaré de los niños. —No quería que estuviera cansada. Sin duda, aquella noche seguiría trabajando en convencerla. —¿Y perderme la Navidad!? —exclamó Kara—. Ni hablar. Además, tengo otro regalo para ti. —Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un sobre blanco sencillo.

A Simon se le curvaron los labios en una sonrisa de oreja a oreja. Ya sabía lo que contenía el sobre... sus vales por deseos. Agarrándolo con una mirada codiciosa, preguntó con voz ronca:

—¿Cuántos?

—Cinco —respondió Kara—. Pero te prometo que tendrás unos cuantos todas las fiestas de ahora en adelante.

Simon esperaba que hubiera más, pero aceptaría lo que le diera. Esos papelitos diminutos eran como oro para él. Su esposa era la mujer más dulce del mundo, pero a veces podía ser muy terca. Esos corazoncitos le resultaban muy útiles. Eran su mejor regalo aquellas Navidades.

Simon se los metió en el bolsillo delantero del pantalón mientras Kara le quitaba a Ginny de los brazos.

—Es hora de su siesta —dijo con voz maternal.

Tim se acercó corriendo y volvió a trepar al regazo de Simon. Kara le revolvió el pelo mientras lo miraba con cariño.

—Puedo acostar a Ginny —le dijo Simon a su esposa, rodeando a Tim con el brazo.

Kara suspiró.

—Creo que me gustaría sentarme aquí un minuto y miraros a los tres.

—¿Te han gustado tus regalos? —le preguntó Simon inquieto.

—Sí. Todo era maravilloso, aunque innecesario. Tengo todo lo que necesito aquí mismo, conmigo, en este sofá. —Extendió el brazo y acarició la mejilla de Simon.

«Dios, me encanta cuando dice esas cosas», pensó Simon. Y Kara no lo decía por decir. Sabía que lo decía de corazón.

—Feliz Navidad, mi amor —dijo ella llorosa, con la voz temblando de emoción.

—Feliz Navidad, cariño —respondió él abrazándola y atrayéndola contra su cuerpo.

Simon sabía que se enfrentarían a retos en sus vidas, pero ahora sabía que

Kara tenía razón. Todo lo que necesitaba estaba justo ahí, en ese sofá, y nunca los dejaría ir a ninguno de ellos.

Los cuatro permanecieron sentados en el sofá durante mucho tiempo, saboreando la sensación de ser una familia.

Cuando hubo pasado cierto tiempo, Tim musitó en voz baja:

—Ahora tengo mamá, papá y una hermanita. Ya no estaré solo —dijo dejando escapar un suspiro tranquilo y contento.

El brazo de Simon se apretó en torno a Tim sin pensar. En realidad no sabía lo que era estar solo porque siempre había tenido a su madre y a Sam. Pero había conocido la soledad y el vacío antes de conocer a Kara, y eran una putada.

Girando la cabeza, se encontró a su esposa observándolo en silencio, los ojos azules brillantes de felicidad. Estaba sonriendo y a Simon empezaba a partírsele el alma. ¿Cómo había conseguido un niño de la calle asustado como él a una mujer tan dulce y preciosa como la suya?

—Soy un cabrón con suerte —carraspeó.

Kara bajó la mirada hacia Tim y dijo con un susurro apremiante.

—Simon. Hay pequeños delante. —Dijo señalando al niño en el regazo de Simon con la cabeza.

Timmy los sonrió a ambos.

—No te preocupes. Eso ya lo he oído antes y Simon ya me ha dicho que es una palabrota. También me ha dicho que no diga un montón de palabras.

Kara fulminó a Simon con la mirada, pero tenía los labios crispados.

—¿Como cuáles?

Tim la miró con una sonrisa aniñada.

—¿Cómo voy a decírtelo si no puedo decirlas?

—Chico listo —lo elogió Simon con una sonrisa de superioridad.

Kara les lanzó a ambos una mirada reprobatoria.

—Ya veo que vais a guardar secretitos vosotros dos... —Su mirada cayó sobre Tim—. Ya empiezas a sonar como un Simon en miniatura.

Claramente, a Tim le complació su comentario porque su sonrisa se ensanchó aún más. Simon se había dado cuenta de que Kara estaba a punto de echarse a reír porque estaba costándole mantener la cara de desaprobación de madre.

Tim se encogió de hombros, imitando la expresión de despreocupación que Simon había perfeccionado a lo largo de sus años en los negocios.

—Es una cosa de hombres —le dijo solemnemente.

Incluso Simon tenía que reconocer que Tim había hecho una imitación perfecta de él cuando se comportaba como un imbécil. «Joder», pensó. Estaba bien

tener un poco más de testosterona en casa.

Rindiéndose, Kara se echó a reír a carcajadas y la sonrisa de superioridad se convirtió en una risa entre dientes mientras Tim los miraba con curiosidad preguntando de qué se reían.

—Es una cosa de marido y mujer —le dijo Simon, con la risa aún vibrando en su voz grave y feliz—. Lo entenderás algún día, cuando seas mayor.

Ginny empezó a moverse y Kara la dejó bajar al suelo, donde Tim ya estaba en pie dispuesto a atrapar a su hermanita con gesto protector.

—¡Tim! —gritó Ginny encantada—. Tim. Tim. Tim. —Gateó detrás de su nuevo hermano mientras él se la llevaba junto al árbol a jugar con sus regalos.

—Ya parecen hermanos —dijo Kara emocionada.

Simon miró a su esposa y la atrajo sobre su regazo sin dificultad.

—Lo son —respondió sencillamente. Los dos niños se habían unido casi de inmediato, tuvieran lazos de sangre o no.

Kara acarició la mandíbula áspera de Simon con la palma de la mano.

—Gracias por hablarle de adoptarle. Creo que necesitaba saberlo. Tenía mucho miedo —dijo suspirando y abrazándose al cuello de su marido—. Me haces muy feliz.

A Simon empezó a acelerársele el corazón cuando miró a Kara a los ojos y vio a la mujer que había cambiado toda su existencia, la mujer que había hecho que su futuro pareciera aún mejor que antes.

—Sé cómo hacerte mucho... más feliz —dijo. Y sí... incluía una cama... o quizás solo una pared o puede que la ducha.

—Muéstrame más tarde —le susurró Kara con voz seductora—. Ahora, solo bésame.

—Mía —gruñó Simon mientras le rodeaba el cuello con la mano y atraía sus labios contra los de él—. Y puedes contar con que más tarde te lo muestre todo.

Permaneció así durante un breve instante, sus miradas conectadas, el aliento cálido de Kara acariciándole la boca.

—Feliz Navidad, Simon —susurró Kara en voz baja.

Simon se estremeció y cubrió su boca con un beso, incapaz de tenerla cerca y no besarla.

El resto de los asistentes a su fiesta privada llegaron más tarde aquella noche y ambos celebraron las Navidades más felices de sus vidas.

Fin



Biografía



J. S. Scott, “Jan”, es una autora superventas de novela romántica según *New York Times*, *USA Today*, y *Wall Street Journal*. Es una lectora ávida de todo tipo de libros y literatura, pero la literatura romántica siempre ha sido su género preferido. Jan escribe lo que le encanta leer, autora tanto de romances contemporáneos como paranormales. Casi siempre son novelas eróticas, generalmente incluyen un macho alfa y un final feliz; ¡parece incapaz de escribirlas de ninguna otra manera! Jan vive en las bonitas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes, muy mimados, y le encanta conectar con sus lectores.

Visita mi sitio de Internet:

<http://www.authorjsscott.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/authorjsscott>

Facebook Español:

<https://www.facebook.com/JS-Scott-Hola-844421068947883/>

Me puedes mandar un Tweet:

[@AuthorJSScott](https://twitter.com/AuthorJSScott)

Twitter Español:

[@JSScott_Hola](https://twitter.com/JSScott_Hola)

Instagram:

<https://www.instagram.com/authorj.s.scott>

Instagram Español:

<https://www.instagram.com/j.s.scott.hola/>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J_S_Scott

Recibe todas las novedades de nuevos lanzamientos, rebajas, sorteos, inscribiéndote a nuestra hoja informativa en:

<http://eepurl.com/KhsSD>

Otros Libros de J. S. Scott

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, en donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

Serie La Obsesión del Multimillonario:

La Obsesión del Multimillonario ~ Simon (Libro 1)

La colección completa en estuche

Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora

Mía Para Siempre, Mía Por Completo

Corazón de Multimillonario ~ Sam (Libro 2)

La Salvación Del Multimillonario ~ Max (Libro 3)

El juego del multimillonario ~ Kade (Libro 4)

La Obsesión del Multimillonario ~ Travis (Libro 5)

Multimillonario Desenmascarado ~ Jason (Libro 6)

Multimillonario Indómito ~ Tate (Libro 7)

Multimillonaria Libre ~ Chloe (Libro 8)

Serie de Los Hermanos Walker:

¡DESAHOGO! ~ Trace (Libro 1)

¡VIVIDOR! ~ Sebastian (Libro 2)

Próximamente

Multimillonario Intrépido ~ Zane (Libro 9)